

SEMANARIO POLITICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Fundador y Administrador
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 55
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
Madrid. 1.50 pts. trimestre; Año 3
Provincias. 1.80 trimestre; Año 3
Ultramar y Extranjero: Año 10
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 1.50

Año XXX

Madrid, Jueves 1.º de Septiembre de 1910

Núm. 34



LA MANO QUE AHOGA Á ESPAÑA

El Concordato

Lo que no quiere hacerse El Registro Civil

Ya sabemos que hay la ley del Registro Civil para los llamados actos civiles y estado civil de las personas, con un código, una ley especial, reglamentos particulares, negociado especial, dirección general y, en fin, con todos los aparatos para una apariencia legal, plagado todo ello de deficiencias, cuya enumeración requeriría un largo estudio.

Veamos solamente dos hechos que tienen capital transcendencia y luego haremos ciertas consideraciones sobre la desastrosa legislación española.

Lo primero que ocurre preguntar al legislador español es: ¿cuántos estados civiles hay reconocidos como legales para las personas de los nacionales?

He aquí una pregunta que no sabe responder el ministro de Gracia y Justicia. Por una parte parece que hay tres estados: soltero, casado y viudo; pero es falso, digan lo que digan las leyes: hay un cuarto estado civil: «el celibato eclesiástico».

Los autores del Código no se atrevieron a hacerlo constar expresamente, sin duda para no excitar la carcajada de las naciones extranjeras; pero en la última parte del articulado del Código resulta declarado oficial en España este cuarto «estado civil», con vergonzosas agravantes.

En efecto: en un artículo del Código y en los correspondientes de la Ley de Matrimonio civil, se dice que los «ordenados en sacris» no podrán contraer matrimonio de ninguna clase, sin obtener previamente la dispensa pontificia. He aquí el Estado español renunciando y abdicando la soberanía sobre el estado civil de doscientos mil nacionales, sometidos a la dependencia inmediata y directa de un extranjero en el ejercicio de uno de los primeros Derechos del Hombre y el más sagrado de todos ellos.

El arbitrio de un extranjero, sin ley, sin noción del honor ni de la dignidad humana, es dueño absoluto y soberano omnipotente del útero y de la virilidad de doscientos mil nacionales. Nada puede en su favor el Estado: es un don-nadie. Este cuarto «estado civil», compone un Estado eclesiástico dentro del Estado español, independiente de España.

Esta exclusión de un derecho humano constituye un delito de lesa Humanidad; constituye una claudicación y prevaricación del Estado; un traidor abandono de los nacionales a la tiranía pontificia; y, además, es una fuente de inmoralidad y de criminalidad. ¿Qué importa! El Estado español arrostra todas las responsabilidades ante la humanidad futura, ante el extranjero y ante las víctimas de este «crimen concordado».

Esta excepción macabra fué dada a instancias secretas y pertinaces del Papado, el cual parecía obligarse a conceder razonablemente la dispensa. Si no intentaba obligarse, ese «pacto» fué una «perfidia concordada»; y si intentaba concederla, habiéndose negado, no sólo a concederla, sino habiendo negado a

los obispos españoles el derecho de cursar estas peticiones con escandaloso agravio de la autoridad canónica episcopal, con tal negativa sistemática acreditada en documentos que obran en el Ministerio de Gracia y Justicia, Roma ha cometido delito de infidelidad.

Sepanlo los españoles: en el Código Civil hay una «ley imposible» físicamente.

«Sostener una ley imposible es propio de legisladores locos, degenerados del linaje o que no han llegado a él. Tal es el Estado español en su Código. Con una locura y con un crimen, comete el delito de renunciar en un extranjero un derecho fundamental del Estado constituido. Requerido el gobierno de Canalejas a vindicar este derecho, hase negado a ello y hase resistido a ello, sosteniendo el artículo doblemente criminal».

Un español cogido en las redes del celibato eclesiástico, para poder ejercer este derecho Humano, necesita dejar de ser español, y se halla en la alternativa de renegar de la Humanidad, o de renegar de la Patria, oficialmente renegada de la Humanidad.

En cuanto a los libros del Registro, hay otro problema. La Iglesia, «exclusivista de toda intervención, hase hecho dueña de los archivos parroquiales que, para los difuntos, carece de todo valor religioso y aun canónico y pasan a ser un simple archivo histórico y genealógico».

La Iglesia explota avaramente estos archivos, por otra parte perversamente administrados. Desaparecen paulatinamente los libros comidos de la polilla, de la humedad y de la incuria; faltan índices generales, de modo que se hace trabajo de romanos extraer un árbol genealógico. El párroco impone derechos de «busca» de las partidas, con un tanto progresivo a proporción de los años transcurridos.

Esto es intolerable y vergonzoso. En estos archivos está el patrimonio histórico del linaje de los ciudadanos; no se trata solamente del carácter «canónico» de los pasados, sino principalmente del estado de legitimidad civil, y este patrimonio no puede ser administrado por oficiales extraños al Estado.

El valor de esos libros procede de órdenes reales del soberano civil; era un «registro civil» que llevaban los párrocos en virtud de leyes civiles; y como funcionarios del Estado, al igual que en ciertas épocas y países, se confiaron a los párrocos las funciones de notarios.

En este punto la Ley del Registro establece la «separación perfecta»; y no basta que esta separación se verifique para lo presente y para lo futuro: es menester que se verifique sobre lo pasado en cuanto tiene relación con lo presente; es decir: el registro llamado parroquial, es registro «municipal», y debe ser entregado al Municipio.

Su continuación bajo el poder de la Iglesia conduce exclusivamente a poder molestar y explotar a los ciudadanos, sin más objeto religioso ni canónico. Esta explotación y aquella tiranía son ilegítimas e intolerables.

Pero esto, que es más interesante y ur-

gente que los «signos exteriores» y demás merengues que nos ha servido el gobierno anticlerical, «esto no se hará» porque no quiera hacerse.

Seguirá la explotación parroquial del archivo, seguirá el crimen celibatario, y caerá el gobierno de Canalejas llevando sobre su tumba la cruz de madera de la capilla protestante, como único trofeo de la gran batalla anticlerical prometida tantas veces de palabra como desmentida por las obras.

S. LEY ORDEIX

A fin de mes

El Nuncio.—Dos mil quinientas pesetas más. *Benedicamus Domino Canalejas.*

Coro de obispos y frailes.—Bendígamole ahora y siempre y en los siglos infinitos.

Nuncio.—Omnipotente Dios: dadnos clericales como Maura y anticlericales como Canalejas.

Coro.—Amén. *Gaudeamus omnes in domino...*, etc.

“Lo accesorio y lo principal”,
según “Heraldo de Madrid”

Con este epígrafe ha escrito un estupendo artículo nuestro ilustrado colega y correligionario en anticlericalismo.

Y pues de anticlerical se las echó, y, como hijo del S. Canalejas su voto, tiene ante la opinión un valor canalejista especial, conviene recoger estas especies; si son acertadas, para mayor gloria del colega; si no son asentadas, para bien de la democracia.

He aquí, condensado en dos frases, lo que nosotros calificamos de *media vuelta a la derecha*:

«España quiere que vayan a una Roma y nuestro Estado. Sobre el problema religioso están otros problemas de índole económica y social.»

No se puede decir ni más corto ni más claro: el anticlericalismo del *Heraldo* y de su España quiere ir a la una con el del Papa y el de los je-nitas.

¿Es posible contener la risa?

He aquí que la frase paradójica de EL MOTIN, «Canalejas es el jefe anticlerical concordado entre la Corona y el Vaticano», ha resultado una verdad hartamente verdadera.

Ya no es el *clericalismo el enemigo*; sobre él hay otros enemigos de índole económica y social, ramas del clericalismo.

«Nadie ha pensado en descristianizar a España»—dice el afortunado colega,—que no ha visto en la Historia que Roma es la gran descristianizadora. La frase de Paulo IV a los embajadores de Venecia fué gráfica: «Predicar el Evangelio es arruinar la Iglesia.» Romanizar equivale a descristianizar.

Y conste que no lo dicen los protestantes, de quienes nosotros decimos otro tanto: lo dicen los hechos.

Nos sorprende el candor con que el ilustrado colega confunde la romanización con el acristianamiento; nos sorprende que tome pretexto del sentimiento cristiano para cogerse del brazo de Roma; nos sorprende que atribuya a «España» esta aspiración, y nos sorprende la manifiesta claudicación operada en ocho meses, entre cuando proclamaba que el *clericalismo es el enemigo* por anonomasia, y entre esta relegación á tercer término.

Si este artículo del *Heraldo* y el que en el número anterior comentamos á propósito de un escrito del Sr. Ortega Gasset, significan que en las altas esferas liberales monárquicas se ha dado contraorden de amainar veas anticlericales, la prensa radical recordará constantemente á ese partido el renuncio, y acusará la bafa que con esto hace del movimiento universal anticlerical á que deben el poder.

Vinisteis á librar batalla al clericalismo. ¿No lo hacéis?... El calificado merecido debe estar en vuestras frentes sin que lo escribamos.

El carro anticlerical

Está atascado.

Antes de las Cortes, decía Canalejas: «en las Cortes veáis.»

Y vimos los aplausos á Cierva y la *ruptura concordada*, ó sea la comedia pronosticada por *El Liberal*.

Y dijo Canalejas: «Ahora, cerradas las Cortes, haré por reales decretos cosas maravillosas. Y ya veréis.»

Y hasta ahora nadie ha visto más que aperturas de conventos y asilos.

Y dijo después Canalejas:

«Traduciré en proyectos de ley para las próximas Cortes mis radicalismos; y ya veréis.»

Y hemos visto la Constitución declarada intangible; los frailes declarados necesarios; el propósito de concordar tres órdenes que vivan fuera de la ley por privilegio, y las otras legitimadas por la ley.

Y dar millones al culto y clero, al Vaticano y á los frailes.

Y esto es ciertamente maravillosísimo en un gobierno anticlerical-radical.

Maravillemos.

En buen camino

La idea que lancé acerca de las medidas que debemos adoptar los liberales si la guerra clerical estalla, va entrando en la opinión.

He aquí lo que, entre otras cosas, dice Félix Azzati, director de *El Pueblo* de Valencia y diputado á Cortes:

«No dudamos, que si estallase una insurrección carlista, sería sofocada con

rapidez por el Gobierno. Sobran elementos, no para dispersar guerrillas, sino para aniquilar legiones jaimistas con los que la organización oficial pone al alcance del ministerio. Pero no crea el carlismo que esta vez el país contemplaría pasivamente una lucha fratricida en los campos, una acción militar. Ni un solo español que se sintiese digno de la libertad dejaría de auxiliar al Ejército liberal y al Gobierno. Esta vez contaría la legalidad con un elemento que en las anteriores guerras no tuvo y con iniciativas que no brotaron en los pasados conflictos.

La guerra civil sería sofocada por los paisanos en las grandes ciudades. Importaría poco que los secuaces del trabuco y el robo, se lanzasen por esos mundos. Hay en las ciudades muchos que no exploró aún la conciencia popular. Poco nos espantaría una corrección militar por tal región. Bastaría que las masas organizadas de los grandes núcleos de población asaltasen los conventos y se apoderasen de religiosos y religiosas, para que el movimiento quedase sofocado. Y esta iniciativa, no puesta en acción antes de ahora, ni ahora tampoco, pero quizás en vísperas de ejecución, debe ser meditada por republicanos y anticlericales y elevada á la categoría de estrategia.

No hay que decirlo á capricho, ni por llenar hueco de periódico, ni por necesidad declamatoria. Debe abarcar todo un plan, todo un sistema. En iglesias y conventos ocultan los clericales miríficos tesoros. Hay en España 150.000 religiosos de ambos sexos. No se puede precisar el valor de los inmuebles. Con lo que valen iglesias, conventos y otras instituciones religiosas, levantadas con el dinero ajeno, se compra una nación entera. Cálculase que entre joyas, obras de arte, edificios, etc., etc., la riqueza del clericalismo en España, asciende á *quince ó veinte mil millones de pesetas*. El botín es espléndido. Conste que, por ahora, no hago la apología del robo ni del asesinato. Todavía no metí mi literatura por esas andanzas, y cuando he caído en la tentación de escribir sobre esos temas sugestivos puse mi dignidad sobre todas las necesidades del estilo.

Pero, si ellos, los ultramontanos, excitan á sus hordas para que se batan con militares y de las ciudades envían fondos para el sostenimiento de la campaña, nosotros, los anticlericales sobre todo, tenemos el empeño de honor de abonar estos acciéntes del trabajo ó del deber con dinero del burgués que explota la industria. Y á tal efecto, y para que á ninguna víctima falte lo que por el riquísimo precio de su sangre, derramada por la libertad, corresponde, será lícito y plausible apoderarse de las mansiones religiosas y de los capitales y alhajas de sus habitantes. Con lo primero, preparamos un hogar provisional para los que de él carecen, ó se puede entonces discurrir el mejor destino; con lo segundo, pagar vida de mártires de nuestra causa; con lo último, aprovechando una feliz iniciativa de Nakens, ejerceremos represalias, ojo por ojo!

Y para que estos menesteres no nos cojan desprevenidos, es un deber de todo anticlerical estudiar la *topografía* de los conventos y de las iglesias. Como es fácil penetrar en estos llamados templos, fingiéndonos clericales, los

hombres que quieran poner á prueba su habilidad, su táctica, deberán realizar esta labor preparatoria con suma minuciosidad y acierto, conservando en la memoria durante la visita, y escribiéndolos después, todos los detalles útiles, toda averiguación oportuna y todo dato estimable. Resultará provechoso, sensacional y hasta sublime que se diga en un mismo despaño:

«En la provincia de Valencia, pongo por caso, han aparecido algunas partidas carlistas. El Ejército marcha en su busca. Los anticlericales valencianos, con el fin de cooperar á la acción de los militares liberales, han asaltado conventos é iglesias, se han apoderado de los tesoros, depositándolos en una Junta de Auxilios, y además, han enclaustrado en el Asilo dos mil monjas y en la Cárcel Modelo quinientos frailes. Todas estas personas halláanse en rehenes para responder á las vidas de liberales que pudieran perecer en la demanda.»

¡Oh, hermosa idea! ¡Cuán fácil es tu triunfo!

Hay, pues, necesidad de una labor anticipada y minuciosa. Poco importa que no estalle el carlismo. Puede estallar, aunque la explosión no sea más que la de un cohete. Y si esto ocurre, consideraríamos deshonroso no ayudar al Ejército liberal, y, sobre todo, no acabar de una vez con esta maldita lepra. La obra no puede ser más bella y más justa. A discurrir, pues, correccionarios de toda España y á prepararse.»

Divúlguese esta teoría, apréstense los liberales de todos los matices á llevarla á la práctica si la ocasión se presenta, y riámonos de las amenazas de guerra civil de los clericales.

Cura por soldado, canónigo por oficial y obispo para jefe, amenizado esto con la prisión de las cabezas visibles del carlismo y el secuestro y venta inmediata de sus bienes, y por de contado con la ocupación de conventos y asilos religiosos, y tengamos la seguridad completa de que, como Dios vea que nos ayudamos de ese modo, El nos ayudará.

Santos frutos de un «aplech»

Quinientas veintiuna borracheras.
Doseientos treinta y tres adulterios.
Mil doscientas muchachas embarazadas.

Doce perniquebrados.
Veinte insolaciones.
Cinco mil doscientos catarros.
Seiscientos cólicos intestinales.
Siete riñas de estacazos.
Dos navajadas.
Cuarenta pernitrotos.
Ocho mil dieciocho indigestiones.
Sesenta mil jculatorias y cien mil juramentos.

Veinte curas bebidos.
Seiscientos pellejos desollados.
Cuarenta mil botellas rotas.
Sesenta mil urinarios improvisados.
Cuarenta mujeres apaleadas al llegar á casa.
Sesenta cuartillas de insolencias piasdas.

Cincuenta telegramas sin sustancia.
Veinte duros los predicadores.
Seis mil duros los taberneros y butifarreros.
Trescientas ronqueras de sacristanes.
Siete gonfalones rotos.
Ocho cruces parroquiales descristadas.
Tres santos descalabrados.
Y un reguero de babas de vieja, de gargajos de beato, de cuentas de rosario, de vómitos de borracho y de montículos escresmenticios, todo lo cual significa:
Por aquí ha pasado el pueblo del Dios de la guerra y de la juerga religiosa.

Política de moda

Vivimos en plena paradoja. Hoy, más que nunca, y ahora con más fuerza que en otras circunstancias, se pone de resalto la amplitud del contrasentido en que parecen inspirarse todos los españoles. Para hacerlo ver, ahí están los señores católicos, por un lado, y de otro los republicanos. Los católicos, contra lo que podía esperarse de sus ideales y de lo manso y pacífico de sus creencias, se muestran revolucionarios á ultranza. Como una compensación, en cambio, los republicanos han profesado en la Orden del gubernamentalismo. Ser gubernamental hoy día equivale á ir á la moda, y desde que se puso en moda serlo, no hay republicano que se estime en algo que no demuestre su devoción á la nueva receta de política republicana en todos los actos de su vida. Si alguien habla en España de revolución, ese alguien es un católico. Si se atruena los espacios con el anuncio de motines, degollinas, etc., etc., las voces esas bajan del púlpito y salen de los labios de un valiente padre de almas.

Los hombres de orden debemos vanagloriarnos de que la sensatez triunfe y se acaten en toda su transcendencia los preceptos de la cordura. Los republicanos hacen bien en ser juiciosos, en profesar en la Orden del gubernamentalismo. Antaño, cuando aún la cultura no se conocía tan bien como ahora, ni se tenía noticia de lo que era civilización, ni se sabía lo que significaba la palabra progreso, estaba en su punto que se recurriera á la revolución y se levantasen barricadas y se anduviera á tiros en la calle para hacer el traspaso de un régimen. Pero hoy, que ya somos más cultos, que sabemos lo que es civilización y lo que es progreso, mediante una buena dosis de gubernamentalismo, sabiamente administrado, se hace la mudanza de un régimen y se salda una forma de gobierno en menos que se persigna un cura loco. Los motines, las revoluciones, las propagandas de exaltación, sólo son admisibles cuando se trata de gentes tan reaccionarias como los clérigos y sus similares de ambos sexos. Un revolucionario culto, progresivo, sabe que basta con un discurso gubernamen-

tal para decidir á un monarca á que presente su cesantía.

El gubernamentalismo, además, tiene la ventaja sobre los otros procedimientos revolucionarios conocidos, de que no asusta á las gentes y se atrae á todas las personas sensatas y de orden, que, como ya es sabido, son las personas que han hecho todas las revoluciones. El gubernamentalismo permite hasta que sean revolucionarias las mujeres más asustadizas, cosa que jamás se consiguió mientras estuvo en boga andar á tiros y levantar barricadas para transformar una Monarquía en República. Y tal vez sea esa la causa de que haya tantos republicanos desde que se puso en moda hacer tal transformación mediante un gubernamentalismo serio y reflexivo.

Mas sin duda por lo paradójico del caso, á pesar de tanta seriedad y reflexión, y no obstante haberse sumado á los republicanos el mayor número de personas de orden y sensatas, los reyes no presentan su dimisión, los regímenes permanecen inmutables y las formas de gobierno se eternizan. Ese es el único defecto, también paradójico, del gubernamentalismo moderno.

GUSTAVO

La Cárcel Modelo

Efectivamente; al leer lo que *El País* y *El Motín* dijeron acerca de lo que en la Cárcel de Madrid ocurría, subieron á sus celdas á los presos que estaban en las de castigo desde lo del plante; treinta días, cuando el Reglamento sólo autoriza tres.

Los subieron á sus celdas, como digo, pero allí están lo mismo, ó peor; incomunicados con sus familias, sin permitirles que les escriban, ni consentir que les pasen la comida.

Y cuidado con que ningún preso pronuncie la menor palabra en contra de esa crueldad antirreglamentaria: á la celda de castigo inmediatamente. Dígallo un tal Ricardo, alias, el Marino.

Felicito al director de la cárcel por haber encontrado dos cómplices de su sistema penitenciario en el director general de Prisiones y el ministro de Gracia y Justicia.

En las alturas

La prensa ha dado esta noticia:

«Dice un periódico neo que varios grandes de España, que desempeñan cargos palatinos, tienen el decidido propósito de presentar sus dimisiones con carácter de irrevocables en cuanto sea conocida de un modo oficial la ruptura del Gobierno con el Vaticano.»

En cambio serían muchos más los grandes de España y de fuera, que ahora están huidos por causa de la mojigatería de la corte, que irían á ella.

La primera, la madre de la reina joven. Y un periódico neo ha dicho:

«Decían ayer inventores del anterior infundio, que doña Cristina, con motivo de la visita á un convento de religiosas en las inmediaciones de San Sebastián, y como fuera interrogada por la superiora sobre la supuesta retirada del Nuncio, la ex regente exclamó:—En el mismo tren saldría yo de España.»

Nos parece muy bien el propósito de D.^a María Cristina. No habría hecho menos la madre de D. Jaime el Conquistador, que al ver en conflicto el reino de Aragón con la Santa Sede, se fué á vivir al lado del pontífice.

Y el Pontífice secuestró al rey.

Y los aragoneses y catalanes se lo arrancaron de las manos so pena de cortarle la cabeza.

En aquellos tiempos católicos no había ley de garantías para los criminales.

Indulgencia gratis

EL MOTIN, supliendo la omisión de los prelados, concede á don Dalmacio Iglesias cien días de indulgencia y cien años de perdón, y la oreja de Clemente García, que se tiene bien ganada. Su escrito merece la firma de Pío X, del cardenal Aguirre y de todo el episcopado español.

Además le proponemos para la Academia de la Deslengua.

Y le enviamos Nuestra Motinesca Bendición, de la misma negativa eficacia que la del Pontífice.

Y además se la concedemos gratis, generosidad nunca vista en esta clase de mercancía.

Pues aun cuando la Iglesia las ofrece gratis, sus servidores las cobran.

Muerte dulce

Había ido el buen párroco de Rosco-reale (Italia) á ver aquella noche una beata de su corazón, de lo más virtuoso que en la población existía, y con la que á menudo entregábase á dulces ejercicios práctico-conyugales.

Y bien fuese porque aquel día hubiese comido más que de costumbre, bien porque el celo religioso le indujera á excesos de catequesis corporal, ello es que sufrió un ataque de apoplejía tan terrible, que desde allí subió su alma en raudo vuelo á la región empírea.

Y su cuerpo quedó allí, sobre la cama de su hija de confesión, de donde fué recogido por la autoridad, trasladándolo después al cementerio católico cerrado á todos los que se atreven á negar en público la castidad de los curas.

La virtuosa beata quedó inconsolable, más que por otra cosa, por el momento elegido por la muerte para llevarse á la prenda de su corazón: cuando ella lo estrechaba entre sus brazos.

Suplícole que se resigne con la voluntad de Dios, y procure mitigar su pena haciendo honor á esta frase:

A clérigo muerto, clérigo puesto.

¡SÓLO PARA HOMBRES! SICALIPSIS MONASTICA

XVI El intringulis sexual de la mística

Ad quid venisti?

(máxima mística)

A giorno reo, notte più rea succede
e di peggior di lei, dopo lei vede
e quindi de la morte indugio prende.

Hemos llegado á la cumbre de este trabajo: queda terminada la parte expositiva y vamos á dar la carga crítica á pluma desenvainada.

Es preciso quitar la máscara de la Mística exhibiéndola desnuda en sus entrañas á la execración pública. Es preciso que la Ciencia fulmine contra ella el anatema moral y religioso, sorprendiendo su realidad escueta y sin embolismos. Los especialistas de cada una de las ciencias que voy á citar, podrán informar por su parte, ampliando, depurando, y, si es preciso, corrigiendo lo que á ellas habré de atribuir.

En la primera parte del trabajo hemos visto á la monja jugar á amores con su dios-esposo, de la manera más infantil y bestial. En la segunda la hemos visto conjugar, más ó menos voluntariamente, el amor con el diablo. Si en el primer caso el fraile le ha enseñado á transformar el marido en pichón, en pastor, en sol, en corzo, en rey y en víctima, también le ha enseñado á transformar el diablo-mancebo en santo, en crucifijo, en confesor, en todo.

El neurópata conocedor de los fenómenos alucinatorios, sabe que para el paciente la alucinación es la única realidad. El alucinado no dice «creo haber visto... haber sentido...», sino que dice «he visto, he sentido».

La monja alucinada siente, con toda la intensidad de que es capaz su organismo y según los grados de la alucinación, «la dicha y júbilo más espirituales que rebosan el alma, y no cabiendo en ella se vierte y se comunica al cuerpo hasta el extremo de sentir deliquios», «prorrumpiendo á las veces en suspiros de amor, llenando los espacios de alegres exclamaciones (Cart. á Sor Margarita, 237). Es la carne que canta y se alborozaba con el espíritu, según San Juan de la Cruz. En el saboreo de su amor divino, hemos hallado besos, abrazos, delirios locos y frenéticos, pasión, incendio, anhelos de muerte, hasta llegar al éxtasis orgástico. En los amoríos del diablo hemos visto sensaciones, obsesiones, emociones, contracciones de músculos, tizones de fuego, caídas las más enormes, es decir, el orgasmo fisiológico.

Pero estos dos trances del amor, en la monja se verifican no con distancia de épocas, sino con sucesión instantánea. En sus meditaciones y ensueños

siéntese transportada de los brazos de Dios á los del Diablo; en un momento pasa de la deliquescente copulación divina á la incubación demoníaca; del éxtasis celeste á la orgía satánica.

Entre ambos «entes» aparece ese ser anfibio y epicúreo: el Fraile, á la vez causa de las caídas y empuje del levantamiento, asistiendo á esa horrible poliandria monjil. «Si caes—dice á Teófila (pág. 161)—es muy sencillo si la caída es leve; no hay más que levantarnos, sacudirnos EL POLVO, y proseguir nuestro camino; pero si la caída es grave y nos causó profunda herida, no queda otro recurso que ponernos en cura, bajo la dirección de un médico espiritual, y una vez recobrada la salud pelear briosamente con el enemigo.»

El fraile está allí, para arrancarla de brazos de Dios y entregarla al diablo con pretexto de la dirección espiritual (1), ó para arrancarla de manos del diablo y pasársela á Dios, no sin cobrar él el tributo de tal comisión.

Y así se pasa los días y las noches la infortunada monja, sin tener más esperanza de paz que en la muerte! De incendio en incendio, vive entre «tempestades y torbellinos», oscilando de uno á otro extremo de esa onda vital-sexual, la más extensa que pudo soñar la fantasía de un sátiro.

Pero en resumidas cuentas: ¿qué es eso de Dios y del Diablo en la organología mística? He aquí el punto que voy á aquilatar y á resolver.

Tratamos de la vida sexual. ¿Qué es el sexo? ¿En qué consiste? ¿Dónde está? He aquí tres preguntas. En biodinámica, el sexo es la simpatía y atracción que ejercen mutuamente uno sobre otro dos individuos de la especie y de cierta disconformidad, en orden al amor genético. Esta fuerza de naturaleza similar á electro-magnética, llámese fisiológica ó psíquica, se manifiesta en todas las actividades, físicas y psíquicas, relacionadas con el amor. Hállase derramada por todo el cuerpo y por toda el alma. Ama la inteligencia, ama la memoria, ama la voluntad, como aman todos y cada uno de los sentidos, todos y cada uno de los órganos aptos á amar. El sexo es una condición que llena todo el organismo; tan femenino es el cerebro como la mano, como el pie; el cabello como la uña; el calor como la tersura; la molécula como el tejido, como el órgano; es algo bioquímico y biofísico, con cualidades diferenciales absolutamente biológicas.

¿Qué diferencia va, pues, entre el «delirio divino» y la «caída demoníaca» de la monja, y cuáles puntos de relación tienen ambos con el orgasmo fisiológico normal?

He aquí acorralado al fraile sin punto de escape, entre cuestiones que el catolicismo cree inextricables y que vamos á resolver inmediatamente. Por los textos antes aducidos y otros mil que pueden aducirse, debe notarse que los místicos llaman *divino* al amor com-

puesto de un conjunto de actos y caracteres psíquicos y físicos, que se verifican en el organismo, en los cuales aparentemente no toma parte directa é inmediata el aparato genético, con abstracción absoluta de sus órganos libidinosos. Por el contrario, llaman *diabólico* al amor en aquellos actos que sensiblemente proceden del estímulo erótico de aquellos órganos.

He aquí perfectamente definidos y separados los teclados de Dios y del Diablo dentro del organismo humano, según la teoría mística. En prueba de ello basta recordar que por amor divino, la monja besa, abraza, se recuesta sobre el pecho del amado, siente su calor, bebe su sangre y «conjugan el amor» en las mil formas y en los mil sitios que hemos visto. Éste es teclado de Dios.

Pero cuando las emociones amorosas proceden de los «movimientos» de la carne así llamada por autonomasia, para distinguirla de aquella carne santa, de labios que besan y chupan y de pechos que laten, es decir, de los órganos genético-libidinosos, son emociones demoníacas. Este es el teclado del *diablo* (1).

Y he aquí ahora el absurdo y falsedad científicos de esa teoría mística: suponer una falsa duplicidad del organismo y una separación de órganos tan grande como la separación supuesta entre Dios y el Diablo; es decir, la negación de la unidad orgánica.

La anatomía nos demuestra el colaboramiento y comunicación central de todos los sistemas, arterial, venoso, linfático y nervioso, no menos que el sistema óseo; la fisiología demuestra la grandísima simpatía y participación de todas las actividades orgánicas con las excitaciones eróticas, así como la excitabilidad de estos órganos especiales por las impresiones fisiológicas y estados patológicos de los otros. El mismo Valencina nos ha explicado la vibración erótica, respondiendo á los estímulos espirituales, y viceversa, nos ha referido las contracciones faciales, los visajes y contorsiones extrañas de la voluntad respondiendo á las excitaciones eróticas.

No hay, pues, tal Dios ni tal Diablo; y para poner de relieve lo burdo de esta teoría, los hechos místicos que nos cuenta el fraile vienen á confirmar plenamente la negación de tal principio.

En efecto. El nos ha dicho que, al llegar á cierto grado de exaltación, los objetos externos más inocentes y sublimes, que en el estado de normal equilibrio excitaban ideas piadosas y afectos devotos, como por ejemplo las «imágenes, el

(1) Por razones fáciles de comprender evito la nomenclatura vulgar. El fisiólogo sabrá reducir á términos precisos este enredo psico-místico. Los movimientos del aparato genital inadvertidos que en su irradiación pasan de la médula espinal, se llaman movimientos de la carne loca. Los movimientos e- os que clavan los cordones de la médula y provocan relleaje en el cerebro el *deseo erótico*, se llaman tentaciones, mientras no provocan el *acto voluntario*. En interviniendo la voluntad está la «caída». Según esto parece que los cordones de la médula es, inal son el *sitio* y *así* no del demonio frailluno

(1) Véase el capítulo anterior.

crucifijo, la comunión y la oración», en aquel otro estado anormal excitan sensaciones e ideas de horrible erotismo.

¿Qué hay aquí? Un simple cambio de estado fisiológico y un cambio de tensión del organismo, que vamos a explicar.

Hemos dicho que el sexo está en todo el ser; todo él ama, todo él apetece, todo él goza y sufre. Pero en este complejo de órganos no todos entran en función a la vez y en igual actividad; y aun ocurre que se suceden en sus funciones en un ciclo dinámico admirable y como en cierto período de tiempo, en el cual es fácil observar que a la fatiga de un órgano que entra en reposo, sucede frecuentemente la excitabilidad de otro que entra en ejercicio. Cuando los ojos se cansan de mirar al amante, el oído apetece ir su vez; cuando el organismo fisiológico se rinde extenuado por el esfuerzo presente, el organismo psíquico se complace en sentir el amor pasado o futuro y en ideas fantásticas. Cuando los labios se cansan de besar, el corazón siente anhelos de suspirar. Y en este círculo funcional-coordinado, en el cual cuando unos órganos trabajan otros se cansan est bieniendo un turno continuo, parece hallarse la admirable perfección del amor y de su actividad. Así se ve dentro de la unidad general y esencial «amor», la variedad de las funciones multi-orgánicas de sus manifestaciones.

Empero, para que este círculo dinámico de sucesión de actividades sea perfecto, necesita el perfecto equilibrio orgánico interno y el perfecto equilibrio del organismo con el medio externo. El equilibrio sexual con el medio externo en la monja no existe; está secuestrada al objeto de amor; y el equilibrio interno, además de trastornarse por causa de aquella falta de ambiente, trastornase a veces por el excesivo ejercicio de uno u otros órganos y por el cultivo excesivista de ciertas facultades. Y como quiera que del ejercicio equilibrado natural depende la salud o normalidad de los órganos respectivos, de aquí es que estando en completo desequilibrio la monja, sus órganos y facultades se desequilibren, adquiriendo los unos una actividad superior y otros perdiendo sus facultades funcionales, y entonces entran en actividad anormal extraordinaria.

Y aquí tenemos explicado el fenómeno. Cuando en la monja predomina la irritabilidad del organismo erótico, todo lo siente erótico, todas las impresiones excitan sensaciones eróticas y viceversa; si este organismo se halla atrofiado, las impresiones excitan afectos amorosos radicados inmediatamente en otros centros.

Pero el amor sexual es el mismo y su centro general único.

Siguiendo el ejemplo del piano fraileño, podremos decir que cuando el amor, sentido al piano, hiere el nervio de los labios, dispara un beso; cuando hiere la cuerda descendente, dispara

una sensación erótica. El fraile, convertido en maestro pianista, dice a la monja: «esa nota es divina; esta otra es diabólica»; y a su vez toca la una o la otra por medio de la excitación de ideas, según su gusto y capricho.

Y ahí está el fraile músico, marcando el piano monjil, pasando la vida en combinar la música divina y la música diabólica, tocando con una mano la *Machicha*, con las «muecas y contorsiones» que tanto le hacen reír, y con la otra el *Tantum Ergo*, acompañando el uno al otro, según el pedal que predomina.

Pobre monja; no es piano de Dios ni piano del diablo; es guitarra del fraile.

S. PEY ORDEIX

El obispo de Jaca

Es el obispo más busca-ruídos de toda España. Ese señor debe de pepitarse por la celebridad y debe pasarse el día y la noche meditando *go pes efectistas* que lleven su nombre a la prensa.

He visto su retrato: es el de un prelado bien cebado y bien puesto en libras. Si no le fuese sacando la barriga, sería un tipo peligroso para los maridos de mujeres caprichosas. ¡Pero... esa trip!

En su semblante y en su gesto se traducen los grandes ayunos, las severas penitencias, las crueles maceraciones, las largas abstinencias, los profundos estudios y ascéticas meditaciones a que se dedica su señoría.

¡Ahí me den en la punta de la nariz los disciplinazos con que habrá castigado su señoría sus ilustrísimas posaderas!

¿Y a qué viene tanto rebullirse ese respetable clérigo de Gaisasola? ¿Es a cansado de la Jaca y asura a tomar el automovil? ¿Cuándo era adivina sus proyectos, que iban a todas partes menos al calvario? La cruz de brillantes le atrae más que aquella de Cristo; busca las cruces que honran y no las que infaman.

No olvidemos aquel rasgo de magnanimidad que tuvo con el niño atropellado por su coche: *le dió cinco pesetas*; el pienso de un día de sus muas.

¿Qué corazón más grande debe tener el prelado, si no se lo ha comido la barriga!...

La obra del bizkaitarrismo

«Es posible que fuera una *Unión*, es posible que mi deseo no tuviera base alguna, pero con base o sin base, yo he creído durante mucho tiempo que en las provincias vascas había go virtual, algo espiritual que permitiría con el tiempo cierta expansión generosa y noble».

Al iniciarse el bizkaitarrismo pensaba yo que quizá se descompondría y fuera produciendo poco a poco un producto mejor, más moderno y más vasco, más humano y más espiritual.

La descomposición no ha venido y el bizkaitarrismo sigue teniendo el mismo carácter castellano de sus primeros tiempos.

El bizkaitarrismo, por sus ideas, por sus procedimientos, es absolutamente castellano, completamente «castellano» y además, una falta de lógica extraordinaria.

El bizkaitarrismo, para un verdadero vascongado, es una farsa.

El bizkaitarra dice: Los vascos no somos latinos, y al mismo tiempo afirma ser católicos, apostólicos, romanos, y considera que su rey está en Roma.

El bizkaitarrismo dice: Somos independientes y libres, y todos ellos admiran a Felipe II y no quieren permitir que no sólo en su país, sino tampoco en el resto de España se autorice a las iglesias disidentes la pequeña libertad de poner un signo exterior.

El bizkaitarra dice: Somos tradicionalistas y respetamos la tradición, y lo primero que hacen es falsificar la historia y cambiar la ortografía del vascongado.

El bizkaitarra dice: «Nada nos importa por los castellanos ni por su lengua», y cuando escriben, escriben en castizo, imitando a los clásicos castellanos; y si les dicen que han cometido una falta de sintaxis, lo consideran como un insulto.

El bizkaitarra dice: «Somos distintos al resto de los españoles» y se entusiasman con los toros y con la jota, con la Virgen del Pilar, con los platos de manubrio y con los canutos flamencos.

¿En dónde está la diferencia? En catalán asegura que el vascongado es un aleutide del castellano.

Sin embargo, si hay un tipo que se diferencia étnicamente del resto de los españoles, es el vascongado. No considero esto como una ventaja ni como una desventaja, sino como un hecho.

En total, finalmente, a esta diferencia étnica debía corresponder una diferencia psíquica.

Yo creo que esta diferencia existirá naturalmente.

El vasco en el campo, no del todo embrutecido por la tiranía católica, me ha parecido un hombre sincero, sencillo, tímido, sin ninguna gana de avanzar a nadie. Nunca he visto entre los campesinos nuestros que tengan esa religión del valor que en otras comarcas la tienen hasta los más cobardes, ni tampoco he podido comprobar en nuestra tierra esas ideas exageradas acerca del honor, la virtud o la patria que existen en el resto de España.

Es verdad que en las ciudades se desprecia y se aísla a la mujer soltera, pero en el campo todavía no, y esto depende de que la acción clerical es menor, de que los campesinos tienen una idea más humana de la mujer, a la que no consideran únicamente por su belleza y su doncellidad, sino también por su carácter y sus condiciones para la vida. En cuanto aparece un predicador jesuita en un pueblo, esta benevolencia desaparece.

Si la raza vascongada en vez de recibir en sus entrañas una doctrina ruinosa, caduca y anerta, como el catolicismo, hubiera respirado un ambiente de libertad y de pensamiento, quizá hubiera dado frutos sazonados a la civilización.

El bizkaitarrismo y el carlismo, ex-

tendiendo la acción católica por el país, han matado al pueblo vasco. En las aldeas han acabado con la blandura natural de los campesinos, han secado su imaginación, les han llenado de malos instintos, han suprimido sus fiestas. En las ciudades les han llevado esas ambiciones antipáticas de ser aristócratas, de firmarse con de, de armarse caballeros y demás cursilerías, les han inoculado una tendencia tradicionalista y nacionalista que no había existido nunca entre los vascos, y han hecho que se forme una separación bárbara de clases, que las mujeres vivan separadas de los hombres; han acabado con todo lo que era simpático en el país.

Hoy, el espíritu lacayuno y duzón de los jesuitas manda en Vasconia. El Padre Coloma, ese jerezano de tipo agitado, unido a los demás Pérez del jesuitismo dirigen la campaña bizkaitarra.

Estos, en compañía de los rastacueros de Bilbao y San Sebastián, y de los navarros ribereños del Ebro, se han arrogado la representación de todos los vascos y nos pintan a los demás como son ellos, intolerantes, mezquinos, bajos y llenos de malas pasiones.

La región vasca es hoy un baluarte del ultramontanismo. El bizkaitarrismo no moviliza vascos contra castellanos, sino Pérez contra Pérez, Colomas contra Colomas, «maketos» contra «make-tos».

Para nosotros es triste, porque esta confabulación del jesuita y del carlista con el bizkaitarra ha acabado con el espíritu de un pueblo que quizá hubiera hecho algo bueno en el mundo.

PÍO BAROJA

(Juventud.)

Paliza á un cura

Allá por el 20 ó 21 del mes último, se presentaron en la casa de huéspedes de Jesús Larraga, Gallarta, un anciano sacerdote llamado D. José Mañacica, excapellán del Hospital de Durango, y una hermosa muchacha, blanca, rubia y graciosa, que tendrá apenas veinte años.

—Yo estoy muy enfermo, yo me voy á morir, le dijo el cura al dueño; y como necesito que me cuiden, que me atiendan mucho, de día y de noche, en todos los instantes y á todas partes me acompaña esta «mocosa», que es sobrina mía y á la que he criado.

No chocó al pupileo la declaración, y hospedó al cura y á la joven lo mejor posible, en dos habitaciones instaladas en lugares distintos.

Pasó un día, pasó otro, pasaron hasta cinco ó seis, y si notó Larraga que el cura y su sobrina se trataban «con demasiado afecto», se lo calló prudentemente.

Pero la noche del 24 fué ella. A la una de la madrugada, cuando todos dormían, ó debían dormir, se oyó un ruido tremendo, que hizo levantarse sobresaltado á Larraga.

—Se habrá puesto enfermo el señor cura; será que pide auxilio; le dijo su mujer.

Y los dos, pisando de puntillas para no molestar, fueron á inspeccionar por una ventana que comunicaba desde un pasillo con la alcoba ocupada por el sacerdote. Y vieron...

¡Que el cura y su sobrina estaban en la misma cama!.

Larraga, hecho una furia, entró por la ventana en la habitación y la emprendió á puñadas y á estacazos con el tío y la sobrina.

En la vecindad se originó el consiguiente escándalo y la noticia se propagó de tal manera, que el clérigo y la rubia, á pie, porque todo el mundo se negó á facilitarles un medio de locomoción, tuvieron que salir de Gallarta más que de prisa.

Antójaseme que se precipitó algún tanto el pudoroso pupileo. ¿Quién le dice que la sobrina no fué á ver al tío enfermo para aplicarle una cataplasma de cuerpo entero, ó unas friegas en el bajo vientre?

Procure en casos parecidos enterarse bien antes de proceder al apalamiento de un respetable ministro del Señor.

Puñalaitas místicas

Un enamorado párroco de Zamora disputando la posesión de una linda ama de veinticinco años, desechó á navajazos á un canónigo que con título de amistad se la había birlado, añadiendo así dos cuernos más á los cuatro de su bonete.

«A su padre y á su madre el hombre abandonará por la mujer.» Esto dijo, unos veinte siglos há el que no quiso á ninguna en el sentido carnal. Mas no dijo: «Y el presbítero, furioso despenará al que intente despojarle de la de su propiedad. Por esto yo no me atrevo duramente á condenar á ese que allá por Zamora ha ojalado á su rival.»

Las «hojitas» sinapismos

¡Rediós y cómo hacen saltar á los clericales las «Hojitas», pia osas de EL MOTIN! Lástima no haberlo sabido antes.

En todas partes agitan sus patas y sus antenas los pobres bichos clericales, sirviéndose de miserios testiferos para difamarlas, calumniarlas, injuriarlas y denigrarlas, á ellas y á sus autores «anónimos».

Todo se les va en dar vueltas al cóctigo y á sus caletres simiescos para descubrir un pelo de penalidad del cual asirse, y los pobrecitos no dan con él. ¡Oh, las «Hojitas»! No se encuentra tan fácilmente en ellas un error, como una herejía en las encíclicas del Papa, ó una necedad en las pastorales de los obispos.

La «Hojita» piadosa número 7, ha hecho estallar la vejiga de necesidad de un señor Miguel Álvarez Chape, que debe aspirar á merecer de los jesuitas una novia de entre las «hijas de María» para poder ser él yerno de María, cuñado de Cristo y heredero de la fortuna de su futura. El cual aspirante á pretendiente, detrás de una sarta de estupideces, dice al Fiscal de Cádiz:

«Pues bien, yo como católico, me siento herido por las infamias que la puma secta

ria del escritor de *Hojita Piadosa*, lanza sobre un jesuita. Yo conozco muchos jesuitas y doy mi palabra de honor de hombre honrado y podría jurar sobre los Santos Evangelios, que jamás vi nada que pudiera ser tacha para tan beneméritos religiosos, antes al contrario, siempre vi nobleza, lealtad, honradez, espíritu de sacrificio, deseo de propagar la verdad, trabajos titánicos para realizar el bien, humildad, pureza, honestidad, sabiduría, y cuantas refulgencias pueden tener las almas de las personas más virtuosas, buenas y estimables del mundo.»

«Yo pido, como católico y como ciudadano español, y solicito de la rectitud de usted, que se le exija al autor ó á quien fuere responsable de las *Hojitas piadosas*, que señale cuál es el jesuita que pinta en el número 7 de la serie, y que, entretanto y por respeto á la Religión y por amor á la Patria, se prohíba la circulación en Cádiz de tan inmundos papeles.»

¡Qué mentecato! ¡Si imaginaré ese congreganton que el P. Coduré le invitará á él á asistir al embarazo de sus penitencias, y el P. Filipino le llevará de padrino en el acto de violar las niñas llevadas al jardín del colegio! ¡Si creará ese infeliz que los hermanos Room y Fernández le irán á dar cuenta de los millones que van atrapando de los negocios que van haciendo y de los medios puestos en juego! ¡Si imaginaré ese tonto de capirote, que el P. Lavallette le avisará cuando prepare la quiebra, y que el rector de Chamartín le pondrá aviso la víspera de celebrarse allí algún degollamiento!

¿Qué sabe él de jesuitas? Quizás no haya visto un jesuita «profeso» en su vida; habrá tratado infelices coadjutores que no saben dónde están metidos, ó á algún padre bobalicón de los que allí cayeron como cae el honrado escribiente en la oficina del banquero infame.

Y además, ¿quién garantiza la «competencia, sanidad de razón» y probidad humana de ese jesuitante? Porque eso de jurar un jesuitante sabemos lo que vale.

Y ya que estamos metidos en harina, le diremos al celoso coadjutor y limpiabotas de los jesuitas, que si quiere sentirse, no sólo herido, sino rajado de alma y pasado de corazón, lea las «Hojitas ignacianas», que son un primor. En la primera, la viñeta representa á San Ignacio cojeando, camino de París, con su borrieco cargado de libros, pues las alforjas del jumento suplían el cerebro del apocado varón. La segunda viñeta, «Dolores y gozos de San Ignacio», representa la sarta de patos y estacazos que el buen cojo fué recogiendo por esos mundos frailunos é inquisitoriales, yendo á consolarse con las Flores de Alcalá y las Ineses de Barcelona. La tercera viñeta, «La dirección espiritual», representa la cuadra de Alcalá en que Inigo congregaba á deshora á las criadas, tejedoras y mujeres de mala vida de allí, dándoles aquellos divertidos ejercicios que se ventilaban en los procesos de la Inquisición. Como se ve, son láminas históricas, perfectamente históricas, de aquellas historias que se callan los jesuitas y que ignoran los jesuitantes.

Ya les iremos instruyendo y desasnando; y

¡Raja el jesuita,
brame el patán,
la fe de España
se ilustrará!

La "coña" eclesiástica

«Clarete», en *El Pueblo* de Valencia, anuncia esta idea:

«Desde que á mi amigo «Cantaclaro» se le antojó recomendar á sus devotos que confesaran en «coña» y que comulgaran en idem, bien almorzados, se le quitaron las ganas á *La Voz de Valencia* de felicitar en «guasa» al presidente del Consejo de ministros y de celebrar parodias de mítins de adhesión á la política anticlerical del Gabinete.»

Deliciosa idea: seguir la «coña» eclesiástica.

Seguramente los clericales han debido quedar aturridos ante la perspectiva de que los «ateos» vayan á llenar las iglesias vacías y á comer las hostias rancias de los copones, porque, ¡eso dicen!, que el cuerpo de Cristo se enrancia con todos los accidentes del olor, color y sabor del rancio.

Lo raro es que esta «idea» de «Cantaclaro» carece de relativa originalidad. Antes que á él se le ocurriese, la «coña» piadosa era vieja en la Iglesia.

El anticlerical que pase á comulgar según indica el periodista valenciano, no para coñearse del recuerdo de la cena de Cristo precisamente, que es lo único que él instituyó, sino de la institución eclesiástica de que allí hay un Dios de carne y hueso que se multiplica y queda vivo y entero en cada fracción, etc.; contra esa «coña» vaticana bien pueden coñearse respetuosamente y dentro de las formas de la ley civil y canónica los anticlericales.

Y aun pueden tener la seguridad de que esa comunión así entendida será mucho más decente y santa que la del celebrante, que ha pasado la noche con la mujer «no suya»; que la del beato, que ha dejado en la cama la querida; que la de la devota, que va á comulgar para lamer de paso los dedos del cura y hacérsele visible; que la del usurero, que va á ofrecer á Dios el dos por ciento de sus usuras; que la del obispo, que mientras reza las oraciones del misal está pensando en el cupón de fin de mes; que la del jesuita, agachado en el presbiterio con apariencias de rezador, que está discurriendo medios para cazar el testamento de la vieja; que la del Papa, que mientras está consagrando medita maldiciones; que la del fraile almorzado, que comulga para que no digan; que la del canónigo, que celebra por amor de las cuatro pesetas; que la del cerero, librero, pasamanero, estampero, escultor y campanero, que comulga para fingir piedad...

Todas esas son confesiones y comuniones de «coña», misas de «coña» y sacramentos de «coña».

Pero la «coña» eclesiástica es mayor. Son infinitos los que bautizan los hijos por «coña», porque es moda y porque sí; son más los que se casan en «coña» para dar gusto á la suegra, y la chica para lucir la cola del vestido y la flor de azahar en la cabeza, no en otros sitios; los que piden para sus muertos la unción, después de estar muertos, para seguir la «coña», y los que hacen entierros y funerales de «coña», maldiciendo en sus adentros los requines y responsos del clero.

Pero la «coña» sigue.

Por «coña» se ordenan los curas que van á la iglesia á buscar una prebenda de donde comer, una ama con quien

folgar y un confesonario desde el cual requebrar al oído á las lindas mocitas.

Por «coña» profesan el fraile y el jesuita que se creen inhábiles para el trabajo decente y toman la frailería como oficio de holgazanes y de truchimanes piadosos.

Por «coña» predica el sermonero que no dice lo que sabe ni sabe lo que dice, para acreditar su celo, entusiasmar las beatas y cazar la prebenda y el bolsillo ajeno.

Por «coña» se llama sucesor de los apóstoles el obispo, que hace de la silla episcopal una poltrona donde se sienta, comer, dormir, poner cuernos á la Iglesia y engordar á costa de las ovejas.

Por «coña» se llama vicario de Cristo el Papa, cuyo único afán es estudiar la etiqueta de Herodes, tomar la postura del reverendo Caifás, ninchar de billetes la bolsa de Judas y matar á roso y belloso como Nerón, llamando «rayos» á sus palabras y condenaciones á sus desdenes.

En «coña» escribe el periodista católico que querría ver desollados á los frailes, á quienes se ve forzado á defender y aplaudir.

Dime, lector querido, si eso no son cristos de «coña», apóstoles de «coña», sacerdotes de «coña» y cristianos de «coña».

Dime, lector benévolo, si toda la Iglesia no es una «coña» que unos cuantos pillos están dando á unos cuantos tonos...

Y pues «coña» es, no está mal seguirles la «coña» á medida del buen humor en todos sus actos y solemnidades, guardando las formas de la ley y de la decencia.

Y pues entran de moda los mítins católicos, ¿por qué no llenarles de anticlericales sus salones, aplaudiendo en solemne «coña» á sus oradores, atronando los espacios gritando:

«¡Viva el Papa-Rey y el Papa-Moscas y el Papa-Dinero! ¡Viva el Papa-Pío, el Papa-León, el Papa-Lobo y el Papa-Zorro!»

¡Viva el obispo! ¡Viva Don Opas! ¡Viva Nozalada!

¡Viva la papisa Juana! ¡Viva Lucrecia Borja! ¡Viva Julia Farnesio! ¡Vivan las amas! ¡Vivan las currutacas!

¡Viva El Siglo Futuro! ¡Vivan las de Romea! ¡Viva D. Carlos! ¡Viva el toisón! ¡Vivan las húngaras!

¡Viva Comillas! ¡Viva Bru! ¡Viva Verdagner! ¡Viva Morgades! ¡Viva la Condesa!

¡Viva el dinero de San Pedro! ¡Viva el negocio! ¡Viva la gitanería! ¡Viva la «coña»!

A los franciscanos se les puede decir: «¡Viva Paternina!» A los jesuitas: «¡Viva Ravailla!» A los dominicos: «¡Viva Savonarola!» A los agustinos: «¡Viva Luter!» A los claretistas: «¡Viva Portet!» Y á todos: «¡Vivan las mocitas violadas! ¡Vivan los niños estropeados! ¡Viva la farsa!»

UN DOCTOR MODERNISTA

La poesía

Poesía es la verdad transformada en pensamiento. Las leyes descubiertas, lo mismo pueden ser cantadas en verso

que explicadas y glosadas en un tratado de física. El sabio analiza y demuestra; el poeta, por el contrario, saca consecuencias morales, sociales ó religiosas; su labor es francamente sentimental.

La Ciencia nos da certeza; la Poesía nos emociona.

La leyenda des Siècles, por ejemplo, no es ni más ni menos que la síntesis poética de un número dado de verdades históricas; *Fausto* es solamente la psicología humana dramatizada.

Un gran problema político ó económico, indistintamente puede servir de asunto á una oda ó á un tratado científico.

Ni más ni menos que un bloque de mármol sirve para el grosero peldaño de una escalera ó para labrar una maravillosa Venus.

Esto no quiere en modo alguno decir que toda verdad sea poética.

Ahora bien: estando la Poesía basada en la Verdad, dedúcese que aquella será tanto más elevada cuanto mayor fuere el progreso científico de la Humanidad. Y esto no impide, empero, que en el siglo xiii florezca un poeta más genial que todos los poetas del siglo xix.

Pero hay que reconocer que nuestro tiempo ofrece asuntos artísticos de más monta al poeta.

Que haya ó no quien aprovecharlos sepa no nos importa; lo que nos interesa es que existan.

El Océano objeto de un poema, no ofrecía tan ancho campo á la inspiración en el año 800 como en 1876. En la primera época, el mar era un ingente abismo habitado por dioses, monstruos, etcétera, y en nuestros días, el poeta sabe que es todo un mundo poblado por millones y millones de seres; sabe sus profundidades, conoce sus leyes...

¿Qué os parece más sublime, Neptuno en su carroza con quiforme arrastrada por caballos, ó el buzo contemporáneo sondeando los abismos con su linterna?

Por esto es imprescindible que el poeta sea hombre de su tiempo, que sus producciones sean fiel reflejo del adelanto científico de la época.

Y no se me arguya que hay asuntos eternos é inmutables, como los astros, los árboles, las flores... La ciencia, con su constante progreso, nos ofrece todos los días nuevos puntos de vista, nuevas maneras de considerar el Universo. Los árboles y las flores son cosas que se vivifican, que se espiritualizan... tienen sangre, arterias, respiran...

Cantemos, sí, la selva, las flores, los prados, las aguas cristalinas, las montañas, el otoño, la primavera... Cantemos, sí, la Naturaleza toda, pero interpretándola de un modo científico, que puede ser á la vez más bello.

Nuestra época es de crítica, de observación, de libre examen.

Y la Poesía, como sus hermanas las demás artes bellas, debe obedecer infaliblemente á esa tendencia.

GUERRA JUNQUEIRO.

D. Dalmacio, desbocado

Los zuavos pontificios catalanes, de los cuales es sargento y furriel D. *Pelmacio* (ese que tantas carcajadas provoca en el Congreso), han hecho circular una hoja escrita con baba de caracol, de la cual ahí va un recorte, refiriéndose á Canalejas:

«Violó la Constitución con la real orden sobre cultos impuesta por el protestantismo inglés, «personificado en unas faldas y un pastor amancebado,» reformando por sí el artículo 11 de la ley fundamental de la Nación y acabando de este modo con el único vestigio de nuestras pasadas grandezas.»

¡Rediós, *Pelmacio*, y qué mal haces en nombrar la sogá en casa del ahorcado! Calcula tú que yo saliera ahora recordando algunos incidentes de la causa de Peñalver, en que un obispo apareció sorprendido in fraganti, no con su manceba, sino con la mujer del hijo espiritual...

Porque la manceba del santo varón era otra: una monja del Santo Consejo, que entraba y salía del convento, y que acabó por borracha perdida.

Además de la *Pintora*.

Y además de las otras demasías.

Pero no temas que lo haga. La risa que me han causado las vaciedades que estampas, me impiden hoy hablarte exclusivamente en serio.

Lo único que voy á hacer en serio, es preguntarte:

¿A cuáles *faldas* te refieres? ¿A las de Battenberg ó de Aubsburgo? Dilo sin vergüenza. Y sin temor. Los tontos sólo ser muy atrevidos.

**

Y aquí comienzo á comentar el párrafo más rabiosamente clerical de tu estúpido documento:

«Ya no tienen bastante los gobernantes liberales con la monstruosa igualdad que la Constitución establece entre el bien y el mal, la verdad y la mentira.»

Lamento más que tú que la Constitución no establezca diferencia entre un clerical y una persona decente, entre un cura y un hombre, entre los que son útiles y los que son dañinos; entre tú y yo, por ejemplo.

«En su odio de sectarismos suprimen los derechos del bien y de la verdad, é intentan atar la lengua á los que protestan contra semejante tiranía.»

¿Llamar derechos del bien á secuestrar jóvenes para los conventos, profanar niños en los colegios, despojar viudas, usurpar herencias y apoderarse de lo ajeno embaucando á sus dueños? Se necesita ser neo para atreverse á tanto.

Lo de atar la lengua, no es cierto desgraciadamente; mas si lo fuera, siempre sería más llevadero para el paciente que el arrancársela de cuajo, como los cató-

licos han hecho tantas veces con sus víctimas; como lo harían hoy mismo con ésta tan suelta y espedita que poseo, si mandaran siquiera veinticuatro horas.

«Por eso vemos que abren las puertas del Estado á los anarquistas que expulsan de su territorio un pueblo republicano.»

Esto es mentira, como casi todo lo que sale de tu boca *sapesca*. ¿Qué palabrita, eh? *Sapesca*. Boca de sapo. Te la regalo para ese Diccionario en que pe-describes.

Lo que ya no es mentira, es que se ha abierto las puertas á toda la morralla clerical que los extranjeros expulsan, y que ha desmoralizado á España con sus actos, la ha empobrecido con su rapacidad y la ha infestado con sus regueldos.

«Permiten la apertura de las tabernas en domingo, para que el obrero deje en ellas el jornal de la semana.»

Lo cual siempre será mejor, que el que lo dejen en los cepillos de las benditas ánimas para cebar curas ó comprar armas fraticidas.

«Autorizan la formación de Centros anarquistas para que en ellos se fraguen atentados contra la sociedad y la patria.»

No es cierto; los terroristas se incuban solos; pero aunque lo fuera, menos males saldrían de los Centros anarquistas que de los conventos frailunos. En aquéllos se predica contra los explotadores; en éstos se explota. Y en último caso, cuando los anarquistas delinquen, se les aplica la ley, mientras cuando delinquen los frailes, se les deja tranquilos.

Por esto los atentados supradichos han formado siempre, y forman hoy la especialidad del catolicismo, quemador de herejes, degollador de judíos, exactor de propietarios y destructor de pueblos.

«Mantienen funcionando en progresión creciente las escuelas laicas, enemigas del orden social, de la patria, la familia y el ejército.»

Los verdaderos enemigos de todo eso, son los frailes: su orden no es social, sino religioso; su patria es Roma; y en el ejército no sirven.

«Consienten la púlica propagación por medio de la Prensa de las horrosas blasfemias contenidas en las «*Hojitas piadosas*», redactadas por el encubridor de Morral.»

Acepto agradecido los dos piropos: como acto, pongo el encubrimiento de Morral en el lugar que merece, es decir, el primero entre los más honrosos de mi vida. Y como propaganda, me envanece el haber ideado la publicación de las *Hojitas*. Esas *Hojitas* que han introducido tan horroroso desconcierto entre aquellos que los clericales consideraban asnos y borregos á perpetuidad, y que huyen ya de ellos como los diputados del salón de sesiones al pedir tú la palabra, *Pelmacio*.

«Fomentan y amparan (que no sólo las autorizan) las públicas manifestaciones contra la conciencia de la inmensa mayoría de los españoles.»

¡Inmensa mayoría los que sólo consiguieron sacar tres diputados y medio (el medio eres tú, *Pelmacio*), y aún eso gastándose los elegidos miles y miles de duros! ¡Quítate de mi vista, trapalón!

«Consienten la inducción al atentado personal, llevado á la práctica, y de la glorificación del asesinato, del robo y del incendio, contenida en los discursos del acaudalado Pablo Iglesias y del «valiente Emiliano.»

Defenderse de las fieras atacándolas á campo raso, igual que destruir sus guaridas para evitar que nos devoren, es de instinto natural. Lo de asesinar, robar é incendiar es ya de instinto católico. Hablen por mí los 133.000 españoles llamados herejes y los 100.000 judíos quemados vivos, robándoles sus riquezas é incendiándoles sus viviendas.

Por lo demás, si Pablo Iglesias no tiene caudal, es porque no ha imitado á obispos, jesuitas y todo el zurriburri clerical apoderándose de lo ajeno. Lo de calificar de valiente á Emiliano en sentido irónico, nos enseña á todos esto: si se presenta una nueva ocasión de asustar neos, no debemos andar con escrúpulos.

«Dan entrada libre á los incendiarios, asesinos y ladrones, ó los ponen en libertad proveyéndoles de fondos.»

Conforme con la primera parte; los monárquicos han permitido la entrada de frailes en España.

De la provisión de fondos nada sé, mas lo aplaudiría si fuese cierto; es una acción loable, ajena por completo á la Iglesia, que nunca proveyó de fondos á nadie, pero que en cambio vive de la explotación de los ladrones, incendiarios y asesinos con tasa fija y arancel determinado.

«Intentaron elevar el grito á institución legal, y someten la nación á los poderes extranjeros de la masonería y protestantismo francés y británicos.»

Que siempre sería más digno y más justo, y más altivo y más español que someterla al jesuitismo, al Papa ó al emperador de Austria.

«Cierran las fronteras á los hombres que, puesta su vista en lo más alto de los cielos, pasan por la tierra derramando beneficios.»

Esto último podrán decirlo las hembras que ellos prefieren, no los niños que estropean. Y en cuanto á lo de mirar á los cielos, es una tontería; el que mete la mano en el bolsillo ajeno, dirige la vista á donde tiene la mano. Y esto me lo ha explicado un jesuita.

«Intentan cerrar las casas de oración.»

¡Ay! ¡No será verdad tanta belleza!

Y no solamente por ser casas de oración, es decir, improductivas, y, por lo tanto, perjudiciales, sino por albergar vicios, delitos y crímenes; por tratarse en ellas de sumir á España en los horrores de una nueva guerra civil; por tener sus moradores las uñas en las arcas de la tierra, y los labios en el biberón nacional, sin desatender por esto sus habitua-

les ocupaciones de perforar niños, deshacer doncellas, deshonorar esposas, robar hijas, explotar acogidos, robar á los pobres, arruinar el comercio y la industria fabricando y vendiendo á bajo precio los productos que extorquen del trabajo gratis de los desgraciados, y, en suma, por enriquecerse á costa de los ladrones en ejercicio y de los canallas jubilados por impotencia.

«Niegan el derecho de asociarse para los fines religiosos y morales».

¿Llamar fines religiosos y morales á esos que acabo de apuntar? No puede llevarse á más el cinismo. Por ser precisamente lo contrario, es por lo que se ven poco á poco proscritas de todas las naciones esa religión y esa moral.

«Pretenden imponer el cesarismo en la enseñanza, arrojando á Dios de las escuelas y dificultando la vida de las instituciones de licencias á educar á la niñez en los principios de la religión y el orden social».

¿Qué estupidéz y qué torpeza!

Siglos lleva esa enseñanza dominante en España, y, según los mismos católicos confiesan, cada día se cometen más delitos y se perpetran más crímenes. Y si por los frutos se conoce el árbol, el de las escuelas con Dios produce los mismos efectos que el renombrado manzanillo: mata á los que cobija.

«Procesan á los periódicos que le echan en cara sus iniquidades ó dicen al pueblo que no toleren tiranías».

Es decir, que provoquen homicidios y asesinatos, violaciones, robos é incendios; que prediquen la tiranía de un Dios autor del infierno y del mal, la tiranía de un papa excomulgador del mundo, y la tiranía de un clericalismo feroz perpetuamente asomado á los fosos de Montjuich y gritando: ¡víctimas! ¡víctimas!, como se grita en las plazas de toros: ¡caballos! ¡caballos!

«Prohíben las manifestaciones de protesta contra sus acciones nefandas».

¡Falso! Quienes las prohibís sois vosotros, que pedís que el gobierno persiga, los fiscales acusen y los jueces condenen á los que hacen públicos los casos de estupro, sodomía, secuestro, captación, robo etc., etc., que con tanta frecuencia se dan en los conventos.

Aunque me lo explico: esas no son acciones nefandas entre vosotros: son disculpables deslices de la débil naturaleza humana. ¡H pócritas y farsantes!

«Recurren al insulto, faltando á la educación y á la vergüenza, y llevan su prociacidad á querer imponer su tiranía sobre el Vicario de Cristo».

Esto es cierto, sí. Y á mucha honra. Por que no tratamos de imponernos á él por lo que hace imitando á Cristo, si no por lo que realiza á estilo de Judas; por el parecido que tienen algunas de sus acciones con las de Calígula y de Nerón, procurando que se exterminen mutuamente los hijos de una nación que está purgando ahora con más intensidad que nunca el crimen de no haber sacudido hace siglos el dominio de Roma.

Y después de estas imbecilidades de ritual, termina así el *Pelmacio*:

Y los que así proceden, no solo se «incapacitan para seguir gobernando», SINO PARA GOBERNAR EN LO FUTURO. Por decoro nacional, por propia defensa de nuestra dignidad de hombres cultos, de cristianos y españoles, para salvar á la libertad en peligro HAY QUE HACER QUE CANALEJAS ABANDONE EL GOBIERNO DE LA NACIÓN Y QUE NO VUELVA A OCUPARLO.

En el párrafo anterior hay una afirmación verdad: la de que el gobierno debe caer. Pero no por haber hecho lo que los clericales le atribuyen, sino por no haberlo hecho. Y hay tres palabras fuera de su lugar; las de decoro, dignidad y cultura. En ningún escrito clerical caben.

Debe caer el gobierno, sí, mas no por acción, sino por omisión; por no comprender que hubiera tenido á su lado toda la España honrada y patriota, si aprovecha este momento para acabar con el clericalismo.

Caiga, pues, y vuelva Maura con La Cierva á la diestra y *Pelmacio* á la siniestra. Y ábranse nuevamente los fosos de Montjuich. Y encárcese, infámese y procésese á roso y belloso. Y luego á cofinar, desterrar, enviar á presidio y fusilar sin descanso. Y á convertir en virtud la delación y el espionaje en timbre de civismo. Y á ver si de este modo llega pronto el día en que los *segadores de la tierra* se decidan á cortar de un *colp de fols* las cabezas de las víboras que destilan veneno en sus palabras rabiosas ya que no pueden inocularlo con sus manos.

Al llegar aquí, pienso en el charco de confusiones que estará metido *Pelmacio*, sin explicarse cómo un hombre de mi valía ha podido dedicar un par de horas á un insignificante como él, provocador de todas las carcajadas retráidas y clonw de todas las piruetas ridículas; y como siempre fui compasivo con los pequeños, voy á sacarle del charco.

Se explica esta humorada mía, por la ley del contraste. El que acostumbra á comer en Lhardy, siente un día deseos de saborear una tajada de bacalao de perro en una taberna; el que goza una mujer hermosa y limpia, apetece alguna vez una lugareña feota y sucia; hay quien prefiere á ratos un quince de peleón á una copa de Jerez exquisito, y quien departe más á gusto con un carretero que con un académico; aberraciones del gusto, que sólo por el contraste se explican.

Pues bien; á esa ley, que no á tus cualidades y merecimientos, has debido ¡oh, *Pelmacio*! el alto honor de que me ocupe de tí. Tenlo en cuenta para no envanecerte demasiado,

porque es la única tal un vicario ffo de que debe huir el hombre, y hasta el neo,

mientras quedo rogando fervorosamente al Dios de Cielos y Tierra, (muy señor mío), que si el cólera va á Barcelona

(lo cual yo sentiría), sea contigo más respetuoso que tú con el gobierno de Canalejas.

Recuerdos á todos los que te consideran un mamarracho, es decir, á casi todos los habitantes de esa culta población, y mándame una Bula de la Santa Cruzada que tenga el papel muy suave, para acordarme de ti cuando la use.

A palos al convento

Un policía y un carabinero intentaron recluir á viva fuerza en el convento de Adoratrices de Gerona á una joven de 22 años, llamada Concha Nadal, natural de Olot.

Ella se resistía, y ellos, sin tener en cuenta que se las habían con una mujer indefensa, comenzaron á maltratarla; asegurando las personas, que indignadas presenciaron el hecho, que la muchacha iba llena de sangre y con el traje roto; que uno de los conductores la derribó, pateándole ferozmente el vientre después de haberla abofeteado, y que la desgraciada quedó en tal estado que ni tenerse en pie podía.

La joven fué conducida al gobierno civil, donde la pusieron en libertad, y más tarde se la vió en la estación con las ropas hechas girones, un brazo en cabestrillo y las muñecas amoratadas por la presión de las manillas.

¡Pobre capellán! ¡El, que estaría aguardándola con el ansia que el campo sediento la retrasada lluvia! ¡El, que habría ensayado ya miradas tiernas, palabras dulces, ademanes galantes y atrevimientos mesurados, para el momento de verse á solas con ella!

¡Oh, pueblo revoltoso que has interrumpido por afán de justicia ese dilio en perspectiva! ¡Caiga sobre ti la maldición de todos los curas y frailes castos!

Cura sodomita

Prodújose el día 24 un escándalo formidable en las calles de Oviedo contra un sacerdote que había entrado aquella mañana en una peluquería de la calle del Peso, núm. 15, encargando á un limpiabotas que fuese por la noche á la fonda de Paredes.

El muchacho fué á la fonda y comenzó á limpiarle las botas al cura; éste, viéndolo distraído, se lanzó sobre él, tratando de atropellarlo. El muchacho huyó atemorizado, dando gritos. El público se reunió en actitud amenazadora contra el sacerdote, que huyó á toda prisa.

Sabido es que yo he combatido siempre y con dureza al clericalismo y á los curas que se apartan de sus deberes morales y religiosos. Creo que en este punto no seré sospechoso para nadie.

Pues bien: yo, á pesar de esto, y en vista de la persecución horrorosa que se ha desatado contra el clero, yo protesto enérgicamente contra ese atentado á la autonomía sacerdotal.

¿Con qué derecho puede ningún ciudadano impedir que un sacerdote satisfaga sus deseos sexuales con quien le dé la gana, macho ó hembra, vieja ó joven? ¿Qué manera de entender la liber-

tad es ésta? ¿A dónde se va por este camino? Estoy por arrepentirme de haber amonestado dulcemente á los sacerdotes, alguna vez que otra para impedir que se apartasen del camino de la virtud.

¿Que la sodomía no está admitida aún por los laicos? Conformes. Mas ésta no es razón para censurar á los eclesiásticos, que se rijan por otras leyes morales.

¿Que Dios la condenó «in illo tempore»? Conformes también. Pero como no ha vuel o á condenarla... A tiempos nuevos, costumbres nuevas.

Y, en último caso; si fuese pecado en los eclesiásticos, ya se lo dirán á ese cura de Oviedo en la otra vida. Nosotros, miseros mortales sujetos á la humana flaqueza, debemos tender nuestro manto, como Constantino, sobre cualquier sacerdote que cometa faltillas de esas sin importancia.

He dicho.

Reales órdenes democráticas

Preámbulo

La enseñanza dada en los centros llamados católicos, ya de viva voz, ya en libros y periódicos, ha fomentado á costa del Estado ciertas doctrinas disolventes, contrarias á la soberanía nacional y á las regalías de la corona. Dichas perversas teorías tienden principalmente á predisponer el ánimo de los jóvenes y de los sencillos fieles, á odiar las instituciones patras, á menospreciar las leyes vigentes, á odiar el progreso científico y moral y á mantener y fomentar los odios y partid s que tantas veces han ensangrentado el suelo de España.

Tales enseñanzas están severamente prohibidas por múltiples y duras leyes nacionales, cuya vigilante custodia ha sido especialmente confiada á los obispos, los cuales, no sólo con su remisión en prohibirlas se han hecho cómplices de los transgresores, sino que algunos han sido osados á proponerlas en sus pastores.

El gobierno no puede decorosa y honradamente tolerar por más tiempo esta propaganda anarquista; por lo cual, de acuerdo con mi consejo de Ministros, vengo en disponer lo siguiente:

Artículo 1.º Los rectores de Universidad por sí y por medio de los directores de instituto y jefes de instrucción en los pueblos de sus distritos, harán severa revisión de libros, revistas y demás objetos de propaganda dicha católica, denunciando al fiscal respectivo los puntos y sujetos de delincuencia al tenor de lo dicho.

Art. 2.º Los fiscales y tribunales ordinarios procederán contra los delincuentes por la vía ordinaria, aplicando las penalidades señaladas en las leyes.

Art. 3.º Queda prohibida por inútil la intrusión del Consejo de Estado en el conocimiento de estas causas.

Art. 4.º El ministro de Instrucción

pública dará el oportuno reglamento para la mayor y más rápida eficacia de estos preceptos.

Art. 5.º Los oficiales públicos que se hiciesen culpables de remisión, caerán en las penalidades y procedimientos de la ley de jurisdicciones.

Dado en...

ROMA-NONES

PEPE CANA-LEJOS

Procac y bajuno

Establecióse poco tiempo ha en Navarrés el ilustrado médico D. Vicente García Fernández.

Como tiene fama bien merecida de anticlerical, su presencia cayó en el campo contrario como una bomba.

Repuestos pronto del susto, los clérigos emprendieron contra él la acostumbrada campaña de difamación, hostilizándole constantemente y calumniándole á destajo.

Hace pocos días, con motivo de cierta operación quirúrgica, dijo el vicario, un tal Cindido Terol, que el médico era sólo un *castrador*, palabra terrible que hizo temblar á sus amas.

Molestado el médico, lo demandó de injuria ante el juzgado municipal, y no obstante las artimañas que el vicario puso en juego, se verificó el juicio; y entonces, al verse cogido, confesó de plano su delito, pidió perdón y reconoció las dotes profesionales y la caballería del médico.

Y diz que al ojo de cristal que usa asomó alguna lagrimita, y que le castañetearon los dientes de la dentadura postiza que lleva, al pensar que podía salir condenado.

Después de ser perdonado por el médico, corrió á su vivienda, donde le aguardaban impacientes las dos mozas que le distaen y consuelan y que hubieran fincado desconsoladas si el médico es realmente *castrador* y ensaya su habilidad en el vicario.

Sirva este hecho de lección á los curas procaces é insultadores, si no quieren verse luego, como el de Navarrés, humillados y suplicantes ante un anticlerical, demandándole el perdón de sus procacidades.

EL SERMON DE LA MONTAÑA

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra si saben sublevarse á tiempo, según se verá por la siguiente

FÁBULA

Dos bueyes tardos, pacíficos, bondadosos y trabajadores, estaban al servicio de un labrador, cuyos graneros llenaban de trigo y los almáres de paja, sin contar las semillas que constituían una cosecha más que suficiente para el decoroso sostenimiento de la casa y la familia y hasta para permitirse algunos despilfarros.

A pesar de ser los bueyes la principal fortuna del labrador y el medio más inmediato de sostener sus obligaciones y aun sus dilapidaciones, trataba con tanta crueldad á aquellos fieles y leales servidores que daba compasión mirarlos según lo flaco y destucado de su estampa.

El trabajo era tanto que apenas descansaban algunas horas durante la noche, y el pienso tan ruin y escaso que se morían materialmente de hambre, supliendo la debilidad de sus piernas los aguijonazos y los palos continuos, las voces y los malos tratos.

Una noche, rumiando en el tinado un puñado de habas morunas y aprovechando el profundo sueño del gañán, le dijo uno de los bueyes á su compañero de infortunio con el mayor sigilo:

—Tú, como cristiano viejo, hijo de buenos padres, te sabrás de memoria la doctrina cristiana y, sobre todo, las *Bienaventuranzas*, y recordará lo que dice: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra*.

Un tío mío con quien me crié, que era cabestro en la vacada de un cura de Tudela, quien solía convidar á Olózaga á los herraderos y las tientas, ya porque eran amigos políticos, ya porque las fineas de aquel hombre de Estado lindaban con las del presbítero criador de toros bravos, ello es que por el roce con aquellos y otros personajes progresistas, mi tío llegó con sus opiniones hasta el más remoto límite de lo que llaman el derecho ó sea la libertad en ejercicio, y de tan autorizados maestros aprendió lo justo y lleito de los pronunciamientos contra las tiranías de los amos, y por consiguiente, que los mansos poseerán la tierra si saben sublevarse á tiempo.

El trato que nosotros recibimos es insufrible: trabajamos quince horas diarias, nos tienen á media ración y nos tunden á palos las costillas y á aguijonazos nos deshacen las nalgas. Esto no puede seguir así y se acabará cuando á nosotros nos dé la gana.

—Conforme—replicó el compañero con cierta solemnidad que olía á juramento.

—Pues mañana, es decir, hoy, porque ya hace rato que dió la una en el reloj de cuco del amo, hoy, en cuanto lleguemos á la besana y nos desunzan de la carreta, nos enredamos con el patrón y con el criado y los hacemos un estropajo á cornalaz, no paran lo hasta verles las tripas fuera y el alma camino de los profundos infiernos.

—¿Y qué nos pasará?

—Lo último será que nos lleven al matadero, donde ni para carne nos quedarán al vernos tan enfermizos y desmebrados, y si al fin nos degüellan, habremos acabado de sufrir y moriremos satisfechos de haber dado muerte á nuestro verdugo y á su ayudante y haber arruinado á sus familias.

En cuanto llegaron al terreno que los bueyes habían de arar, una vez desunidos de la carreta, arremetieron con tal furia contra amo y criado, que á los pocos momentos eran informe montón de restos humanos.

Los mansos, en pacífica posesión de la tierra, se fueron á pastar en los mejores y más adelantados sembrados del que fué su amo, satisfechos de haber alcanzado la promesa que Cristo hizo en el sermón de la montaña á los que su-

pieran honrar debidamente la manse-
dumbre.

La noticia de la desgracia corrió por el pueblo como reguero de pólvora, y el vecindario en masa, con la justicia á la cabeza, acudió al lugar de la tragedia, levantando los deshechos cadáveres del labrador y su criado, que fueron transportados á la Casa de la Villa mientras se personaba en el lugar el juez de instrucción del distrito.

De los bueyes nadie se ocupó y seguían posesionados como buenos mansos de la tierra, desquitándose de pasados é interminables ayunos.

Se sepultaron los cadáveres, el cura pudo comprar al ama un mantón de abrigo y echar en el lecho conyugal un colchón de muelles con los derechos de los entierros, los funerales y las misas y sufragios encargados por aquellas dos almas, que, emigradas sin confesión, debían estar por fuerza en el Purgatorio.

—Y mira tú, Sinforosa,—decía el párroco á la reverenda párroca—cómo el Señor no nos olvida y su santa providencia, que hizo nacer á Jesús entre la mula y el buey, nos envía á los bueyes para alivio de nuestras miserias, porque, bien mirado, si no es por la muerte del tío Celestino y su criado, yo no sé cómo hubiéramos pasado este invierno. No quiero con esto decir que á nadie le deseemos la muerte, pero después de muertos no se han de quedar sin entierros ni funerales. Oda el delito y pide por el delincuente si te proporciona un par de funerales y dos tandas de misas gregorianas.

La viuda del tío Celestino pasaba con razón como la más bonita mujer del lugar, realzando los encantos de su nivea blancura al contraste de su luto riguroso. No era mucho suponer que á más de un mozo le habría pasado por la cabeza el sustituir al difunto Celestino y aplaudir la desgracia.

La viuda pidió consejo á todo el mundo, con el propósito de hacer lo que le diese la gana, y acordó recoger sus bueyes, tomar un criado más humano, aumentar el pienso de los animales y dejarlos descansar el tiempo necesario, porque es lo que ella decía cuando le aconsejaban que los enviara al matadero: *Bien vendida la carne y la piel, no sacaré ni la cuarta parte de lo que me cuesten otros que, si diera por tratarlos mal, acabarían por irritarse y hacer otra hecatombe.*

Volvieron los bueyes al establo, fueron bien tratados y alimentados desde aquel día y se enseñorearon del triunfo de su trabajo, repitiendo á cada momento:

Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra, si saben sublevarse á tiempo.

CANTAFLARO

Lo mal ganado

Ni los años ni los siglos hacen sentir la cabeza al Amor. Siempre está inspirando al hombre actos diabólicos.

Y si fuera únicamente al hombre! Pero no; que es también al cura.

El de un pueblo de la provincia de Ferrara (Italia) andaba tan enamorado de la esposa de un feligrés, que de-

cidió huir con ella. Mas ¡oh dolor! no contaba ni con media lira para los gastos de la fuga.

¿Y va y qué hace? Dejar limpia como una patena la caja parroquial en la que había 12.000 liras.

Después de todo...

Entre que las hubiese *apandado* otro cura para ponerlas á una carta, ó para traducirlas al coniac, ¿qué más tiene?

Lo mal ganado, se lo lleva siempre el diablo.

Honradez clerical

El secretario del Ayuntamiento de Alboraya denunció al concejal carlista Biot, como autor del robo de 10.700 pesetas.

Practicado un registro en casa del acusado, se encontraron, entre los colchones, unas 5.000 pesetas en papel y monedas de plata. El resto, hasta las 10.700, fueron halladas en una casa de campo de su propiedad.

Deseo que el juez instructor de la causa apriete de firme para que la verdad se ponga en claro.

Pero me adelanto á rogar á los jurados que sean benignos con ese Biot hasta donde la ley permita, si resultase que cometió el robo para proveer de armas á sus partidarios.

Los momentos actuales son decisivos para el catolicismo, y el robo es casi una virtud cuando se trata de la defensa de la Santa Iglesia.

RELIGIÓN Y CONSERVADURISMO

No es cierto que España sea, ni haya sido nunca, un país religioso. Un país creyente, tal vez en otro tiempo; supersticioso, fanático, propenso cuando menos al fanatismo y á la superstición, indudablemente; un país religioso, no. No, por nuestra mentalidad simplista; no, por nuestra falta de complicación espiritual, que es la religión, cuando es religión verdaderamente, un producto muy complejo de la cultura. Un país creyente quizás, precisamente en los tiempos en que pacíficamente convivían en él moros, judíos y cristianos; en que la libertad religiosa era afirmada por los antiguos, gloriosos fueros municipales; en que los viejos códigos declaraban inviolables la mezquita y la sinagoga; en que los reyes amparaban y defendían, colocándolos bajo su protección, los cultos enemigos del culto nacional. Un país verdaderamente religioso, no; que no cabe confundir la religión con la grosería teológica, ni el espíritu de veras religioso con nuestro fanatismo ingenuo y huraño; y hasta nuestra mística, en sus más altas representaciones, por su sequedad, por su dureza, toscan repudio de la naturaleza y de la vida, constituye la negación más antirreligiosa de aquel optimismo innegable, de aquella inefable alegría de vivir que hace prorrumpir á un San Francisco en su ad-

mirable cántico al Sol, padre inmortal de la vida eternamente fecunda, siempre triunfante, á despecho de todos los tétricos y sombríos ideales de ultratumba.

Ni es cierto que España sea, ni haya sido nunca, un país religioso, ni mucho menos puede tomarse en serio que pretendan los conservadores pasar por defensores de la religión, como si no supiéramos todos á qué atenernos respecto á la religiosidad de los fariseos. Se es conservador porque se es escéptico. No se puede ser religioso y conservador; cuando se es religioso se es revolucionario. Las religiones obran siempre como un fermento revolucionario en el ambiente corrompido de las sociedades decadentes en que se producen como una protesta, como una reivindicación de la espiritualidad progresiva contra la sensualidad conservadora, contra el materialismo conservador. No ha habido en la Historia movimiento religioso alguno, desde el Cristianismo á la Reforma protestante, que no haya tenido en el orden social y político una trascendencia y una repercusión revolucionarias, y no ha habido en la Historia, en el orden político y en el social, movimiento alguno de carácter revolucionario, que no haya tenido una alta, una profunda significación religiosa. Y el obstáculo, la barrera con que ha tropezado siempre en su difusión el espíritu religioso, ha sido—y continúa siendo—el egoísmo conservador, enemigo de toda espiritualidad progresiva y, por tanto, enemigo irreconciliable del Evangelio, que si aparece identificado con la Iglesia Católica, es porque tiene que agradecerle el haber puesto las altas aspiraciones morales del Cristianismo al bajo nivel de las concupiscencias conservadoras.

ALVARO DE ALBORNOZ

El ayuntamiento de Elche ajustó en 16 duros un sermón.

Y el cura que lo lanzó el día 15 del pasado, puso verde al Gobierno.

Hizo perfectamente. «¿Si creerán, se diría, que soy yo capaz de parecer bien educado ni por dinero?»

Choca, presbítero; eres un carácter. Y ahora, á la cuadra.

Haz bien

Muchas veces oigo quejarse de desengaños á los que dedican gran parte de sus afanes á la propaganda de las ideas de regeneración social.

Tropezan á cada paso con la ignorancia y con la dificultad de convencer á la mayoría. Se desesperan de obtener escasos resultados; tras largos y enormes esfuerzos algunos se desalientan y abandonan la lucha... Yo también he tenido desalientos y he sido herido por todos esos tropiezos. Pero mi experiencia propia y la historia—que es la experiencia de los demás—me han enseñado que todo ello es muy humano, que siempre ha ocurrido así, que todos los reformadores han luchado con los mis-

que tal hiciera y ponerle en las páginas del *Boletín Eclesiástico* para su mayor ignominia, si los obispos fueran buenos españoles, patriotas y acatadores de la autoridad que les protege y que les llena la bolsa de oro, no tolerarían estos desmanes ni se oirían tales insultos en los pulpitos.

Los obispos lo saben, lo leen ó lo oyen; se rien y callan. Todavía está por el primer expediente canónico que hayan formado á uno de estos malos predicadores que olvidan su misión de paz y amor, para atizar el fuego de la discordia y empujar á la guerra civil.

Guisasola es enemigo irreconciliable de la monarquía, á la que pone como un trapo entre sus intinos, y de ello dió pruebas en Madrid, que motivaron su pronta salida de la corte. Cadena y El t, el de Vitoria, es carlista, antiespañol y enemigo jurado del liberalismo, al cual debe todo lo que es, y sin cuyo apoyo no hubiera salido de la obscuridad de un mal abogado sin pleitos, volteriano, mujeriego y escéptico, que todo esto era antes de ser cura. Canalejas ha dado un resbalón terrible indicando oficiosamente al Vaticano que el Papa corte los vuelos á los prediadores garrasos y audaces. Pero, hombre de Dios, ¡si es él el que les da estos vuelos!, ¡si la consigna es ésta! Para cortar estos abusos no hace falta implorar apoyos vergonzosos del pontificado: al cura que se le vaya la lengua se le trine en la cárcel, y al obispo que se lo ha tolerado se le exigen las responsabilidades debidas. Porque toda esta campaña del pulpito en pro del carlismo y contra España, es obra de los obispos, los cuales la cortarian en seguida si quisieran, dando el orden á los predicadores de que se limiten sólo á exponer la doctrina cristiana, pues esa es su deber. Aquí, en Barcelona, no podemos ni siquiera pronunciar el nombre del carlista obispo Laguarda sin ser denunciados. Haga lo mismo Canalejas con los obispos que toleran, secundan y apoyan á los curas sediciosos.

FRAY GERUNDIO

Cuenta á cobrar

Dos filipenses de Alcalá de Henares se querellaron por injurias contra el director de *El Eco Complutense*, D. Francisco Huerta. Este f. é condenado, y aquellos han pedido que se cumpla la sentencia en destierro.

Me alegro de todo esto, por si mañana se nos presentara ocasión de cobrar esa y otras cuentas.

Con los réditos, claro es, según la buena doctrina católica.

Esa doctrina que inspira á cada creyente la idea de que deben darle nada menos que la bienaventuranza eterna, por haberse abstenido de comer una chuleta un viernes de vigilia.

Los inexorables hacen inexorables.

Re... zos de obispo

El obispo de Barcelona ha ordenado hacer rogativas para que el gobierno deje de perseguir á los católicos.

¡A cualquier cosa llaman chocolate estas patronas!

Se necesita atrevimiento para llamar persecución á lo que está ocurriendo. Como la sufrieran de veras, no chillarían como chillan los malditos.

Por lo demás, reza, hijo de mi alma, reza hasta que yo te diga: basta.

Es lo mejor malo en que puede ocuparse un obispo.

Suponiendo que el rezar sea bueno.

Y lo digo, porque siempre los que rezan llevan uno de estos dos p. opósitos:

O pedir para ellos beneficios, ó desear males para los otros.

Afortunadamente los re... zos de los obispos, como los de todos los católicos, no llegan al cielo.

Al cielo inventado por ellos para tragarse todo lo que hay en la tierra.

Las oblatas de Zaragoza

Carta enviada á Fray Gerundio y publicada en *El Diluvio*.

«Señor «Fray Gerundio»: Habiendo leído los escritos de usted respecto á las madres Oblatas, y habiendo estado yo por espacio de dos meses y siete días en las Oblatas de Zaragoza, pasó allí un suceso del cual nadie se ocupó, porque al padre de la víctima nada le importaba su hija. Estaba recluida una joven de dieciocho años, natural de Málaga, y llamábase en el convento «Corazón» (á todas las que entran las cambian el nombre), la cual se lamentaba de que la tuvieran allí encerrada, no por nada ma o, sino porque era un estorbo para su padre, el cual estaba empleado en casa de un ministro de Madrid. La chica estaba desesperada, y una tarde se subió á una reja con ayuda de una escalera y empezó á dar palmadas. La oyeron las monjas y la metieron en un cuarto que hay debajo de la escalera de los dormitorios, que tendrá un metro de ancho por dos de largo, y como gritara y metiera ruido, le ataron las manos con una cuerda á un clavo que hay en la pared ya expofeso para estos casos. A la hora de costumbre nos acostamos. Por la mañana, después del desayuno, nos dijo la hermana Margarita del Niño Jesús:

—¿Saben ustedes lo que ha sucedido en el convento?

Unas decían un robo; otras lo que se les ocurría.

—No, nada de eso. Que la Corazón le ha tirado un pedazo de palangana á la hermana Saturnina y á las dos de la madrugada tuvimos que llamar al médico por teléfono y le han dado siete puntos en la mejilla derecha.

Pues sepa usted que aquella joven no se la volvió á ver más, pero sí cabell. s de su cabeza en la escalera. Preguntamos por ella y nos dijeron que se la habían devuelto á su padre.

Como yo ignoraba el paradero del padre no pude averiguar nada; y como siempre va una antigua con las nuevas que entran para contar todo lo que oye, pues quedan muchas cosas en el misterio. Estos datos pueden dárselas varias de las asiladas, las cuales salieron en el

mes de Mayo ó últimos de 1907 y son: una joven llamada Sebastiana, que su madre habita Morería, 16, tercero, lavandera del Parque; otra llamada Concha, que estaba en el apresto de corsés del convento, que su madre vende verduras en la plaza de la Cebada, y otra, llamada Agustina en el convento, y Carmen fuera, que era la que hacía las alpargatas, y al mismo tiempo lavandera también. Todas de Zaragoza y en Zaragoza.

De los castigos los hay mucho. Cuando quieren dar de palos á una, eligen cuatro ó seis de las catequizadas por ellas y las pegan en los cuartos de castigo, que están á lo último de la casa, y son tres: dos á la derecha y otro á la izquierda.

Las hacen estar en la iglesia todo un rosario de rodillas y en cruz; si hablan una palabra en el refectorio, una comen de rodillas y á otras las hacen ir de rodillas besando los pies á todas, que serán más de cien.

Una tarde llegó la hermana Apolonia y empezó á hablar en valenciano con la hermana Margarita, y como está prohibido hablar otro idioma que no sea el castellano, se lo recordé delante de todas y se puso hecha una fiera (y eso que era de las mejores).

La superiora era una viuda y tenía un hijo arcedianio de Pamplona, y una vez quiso que pidiera perdón á la hermana Pilarín (una tía muy mala); le dije que no había hecho ningún motivo para ello y me resistí. Me lo pidió por mis hijos y yo accedí, y sin arrotilarme, pedí perdón á la hermana Pilarín. Me dijo que no me perdonaba y que por insolente hiciera una cruz con la lengua en el suelo. Le dije que no y se fué jurándome que se la pagaría.

A mí no me castigaban, porque fui puesta allí por dos hijos míos y entré con muy buenos empeños.

Un día de Viernes Santo, al ir á adorar el Cristo, se pegaron dos y las ataron las manos á la espalda, y así las hicieron adorar al Señor.

La comida que dan son sobras del Hospital provincial y sobras del Seminario, pues más valía morirse una que comerlas, pues con las judías que venían del Seminario eran pocos los retretes para todas.

Dispénsame de tanta molestia; pero el gobernador de Zaragoza debería inspeccionar la enfermería, que había lo menos veinte jóvenes tísicas, y otras que llaman «Marías» que llevan más de seis años en el convento, que parecen figuras de cera. Da lástima verlas, etcétera etc.

¡Estupendo!.. ¡Infame!.. ¡Canallescol!.. ¡Clerical!..

Hay que fumigar con una piqueta todos los conventos y asilos.

La redada frailuna

El viernes por la mañana, en la Estación de Atocha, llamaba la atención un grupo de siete chiquillos campesinos, enjutos de carnes y cubierta la piel por la intemperie.

Centro de sus embobadas miradas y de su conversación era un fraile carmelita ó franciscano (no recuerdo), cuya

fisonomía y gestos denunciaba igual procedencia.

Era el gavilán rodeado de pajarillos fascinados.

Era la redada del fraile.

Eran siete criaturas pescadas en el río social, que desaparecen del mundo sanos, robustos, vírgenes, confiados, angelicales, que van a ser sepultados en el noviciado, de donde saldrán hipócritas, redomados, astutos, crueles, desmoralizados y... pescadores de otros que serán niños cuando ellos sean hombres.

Son chiquillos de nueve, diez y doce años; la edad de la travesura, la edad del primer vuelo del pájaro.

Han cuido en poder del gavilán, que tiende sobre ellos las alas a semejanza de cueca maternal para llevarlos a su guarida, arrancarles los ojos, castrarles el ánimo y luego... convertirlos en gavilanes y auxiliares suyos.

¡Infelices!

En la Estación había policía, ojo avizor sobre los rateros; había guardias municipales; un agente, cuaderno en mano, tomaba nota de los viajeros.

El fraile, ufano y seguido de su pollada, embarcaba tranquilamente estos blancos, arrancados de brazos de sus madres con promesas de bendiciones y fortunas futuras...

¡Así compran a las madres sus hijos las proxenetas...

¡Y en tiempos anticlericales...

Parece que se anubla...

El partido socialista italiano ha incluido en su programa la expulsión de la Santa Sede del territorio nacional.

Si hubiese una reina parricida dueña de sus Estados podría ofrecerle Aviñón.

Para cuando esto llegue, pedimos al gobierno español que reciba al Padre Santo como él recibió a sus santos hijos los jesuitas: a cañonazos.

Hojita piadosa

para los seminaristas y jóvenes pica-dos del conventualismo.

No podía la juventud devota ser indiferente a la paternal solicitud de EL MOTIN. Por esto se ha preocupado debidamente del modo de impedir que esos jóvenes embaucados por los explotadores de su «vocación» dejen de hallar en su camino una voz amiga que les alerte del peligro que corren.

A este objeto hemos preparado una «Hojita» especial que estará a disposición del público uno de los próximos días.

«Es necesario» que esta «Hojita» llegue a manos de todos los seminaristas y novicios que en este tiempo de vacaciones suelen estar en sus pueblos, y que a mediados de Septiembre serán encerrados en los seminarios, donde se les intercepta la correspondencia y no hay medio de hacerles llegar eco alguno de la humanidad.

Un solo seminarista que «se convierta» en virtud de la «Hojita», premiaría suficientemente este esfuerzo; pero no será uno solamente, sino que serán muchos los que, heridos de la luz, decidirán huir de las tinieblas eclesiásticas, si no hoy, mañana.

No hagáis caso de ver ir al seminarista o al novicio al joven que haya leído la «Hojita»; lleva ya el germen en su interior; la píldora seguirá trabajándole; en el seminario él podrá suscitar estas cuestiones a sus compañeros, y ser él, sin darse cuenta, un excelente vehículo de la verdad.

Que no quede, pues, un seminarista en toda España sin llevar la píldora en el cuerpo.

La viñeta de esta «Hojita» representa el acto del joven de renunciar al amor, huyendo asustado de la idea de la esposa é hijos que le llaman; en otro cuadro, él es viejo ya y cura; siéntese sólo, aislado y triste; sueña aquella esposa é hijos repudiados que se le presentan en el cielo de su ilusión repudiados a él y dejándole consumirse entre sus achaques en la frialdad del desamor.

Del texto de las «Hojitas» no hemos de hablar nosotros; ya nos lo dirán los clericales con sus gritos, denuncias, excomuniones, bravatas, insultos y demás maleficios de esos viboreros que se sienten acosados en sus mismas guaridas.

¡A RESCATAR CAUTIVOS! A dar vista a esos pobres ciegos, oído a esos infelices sordos, y a hacer andar, camino de la honradez y de la verdad, a esos míseros tullidos, víctimas de la bellaquería religiosa.

¡Ruja el obispo,
brame del Val;
esto de España
va oliendo mal!

Apaleadores é incendiarios

El fiscal de la Audiencia que interviene en la causa instruida contra el religioso jefe de los caristas de Alcira, el alcalde y el secretario del Ayuntamiento por amenazas y lesiones al arrendatario de Consumos, ha pedido auto de procesamiento y prisión para dichos señores, como presuntos autores de la tala de árboles é incendio de varias casas.

¿Amenazar, pegar, lesionar, talar é incendiar?

Tratándose de carlistas, esos actos no son delitos ni crímenes; son sencillamente realización de honrado programa, aspiración hacia un santo ideal.

Únicamente la prisión política no irá aplaudir que se procese a esos hidalgos mantenedores de altos principios, á esas nobles víctimas de la causa de la Iglesia.

Lo que ningún anticlerical debe hacer en la iglesia

Llevar una caja de grillos y soltarlos con disimulo en plena función, para que puedan cantar maitines grillescas.

Llevar en un bote de caña ó de hojalata unas cuantas lagartijas y soltarlas,

para que al tocar las carnes de la primera devota se asuste y altere la devoción de los fieles.

Llevar unos ratones y soltarlos, para que se arme entre las mujeres la de Dios es Cristo.

Lanzar al presbiterio ó presidencia gatos muertos, como hicieron los clericales de Barcelona en el mitin del Tívoli, profanando la momia del inocente bicho.

Llevar un frasco de asafétida ú otra sustancia apesadadora, como hicieron los católicos de París en la iglesia de monseñor Vilate.

Españar por el suelo mistos borrachos para que estallen al pisarlos los devotos.

Echar sustancias colorantes en la pila del agua bendita para saber quiénes y cómo se santiguan.

Ir con catufos al templo en días de sermón para estorbar al predicador, ó llevar niños lloricones.

Coleccionar chinches, piojos y pulgas, para soltarlas en el templo.

No; nada de esto deben hacer los anticlericales, sin exponerse á caer en mísero superior desagrado.

FINAL ELOCUENTE

(La idea pertenece á un escritor francés.)

Cierto cura no muy listo, en su concurrido templo rememora para ejemplo la pasión de Jesucristo.

Produce tales destrozos con su frase coja y manca, que á los oyentes arranca un diluvio de sollozos.

Hace que viejos varones, es decir, matusienes, transfigurándose en nenes, suelten gordos lagrimones.

Ocasiona más traqueo en las mujeres que un rayo; donde no causa un desmayo, origina un pataleo.

Como sube á cada instante el religioso estallido, queda el templo convertido en un campo de Agramante.

Sobresaltándose el cura por el grito de la escena, de su auditorio se apena y sosegarle procura.

— ¡Cesen las voces y el llanto! Bueno el sentirse afligido ante un Dios escarnecido; pero no exageren tanto!

¡Hijos, aquí se delira! ¡Vamos! ¡Recobren el seso! Hace muchos siglos de eso y pudiera ser mentira.

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

(FOLLETÓN 65.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

consecuencia de una ulceración vió los sesos de una paciente al descubierto, quiso aprovechar la oportunidad de llevar á cabo alguna luminosa investigación sobre las misteriosas funciones del cerebro, y se entretuvo en clavar en diversos sitios de aquellas sensibles partes unas agujitas y hacer pasar por ellas corrientes de electricidad. Mas, aunque naturalmente, el experimento causó á la enferma vivos dolores y violentas convulsiones epilépticas, no parece que dió ningún resultado provechoso; y, cuando la mujer murió unos días después, hubo quien pensó y dijo que más le valiera haber muerto antes. Esto, sin embargo, no impidió que al cabo de pocos años otro experimentador hiciera exactamente lo mismo con otra paciente en Cincinnati. Con perdón, pues, del Sr. Bernard puede decirse que el Job de la Fisiología, más que la rana, es la mujer; y es de advertir también que esto de las vivisecciones experimentales no es tan nuevo como de primera intención habría de creerse, pues ya en tiempo de los primeros Ptolomeos eran practicadas por los sabios egipcios. Sólo que estos las practicaban en los grandes criminales.

¿Sería español el supuesto difunto al que Vesalio hizo en Bruselas la autopsia, una de las primeras hechas en el mundo, y que parece que aún estaba vivo, por lo que á tan famoso doctor se le impuso de penitencia una peregrinación á Tierra Santa? Porque en tal caso, la gloria que á la monarquía española corresponde, del primer ciudadano viviseccionado, tendría más realce, pues de que le corresponde de todos modos no cabe duda, porque el hecho ocurrió durante la dominación allí de dicha monarquía. Esta clase de gloria, sin embargo, como tantas otras de aquellos tiempos, es antigua y pasada enteramente; ahora, como al principio dejamos indicado, no es la vivisección experimental la que florece y prevalece en el país, sino la deportiva, la cual llega hasta á constituir por sí sola espectáculos públicos á que aquellos naturales, y sobre todo los

señores del reino, asisten con gran entusiasmo y alegría. Y en el principal de ellos, el que conoce y tiene por la gran «fiesta nacional», en la que, como veremos, no se trata ya simplemente de ranas, ni de conejos, ni de gallos, el modo de operar es como sigue.

El animal no está amarrado, sino enteramente suelto y libre, y es un toro bravo. Así, para que el profesor pueda practicar en él con relativa facilidad su arte, cuatro ayudantes, dos á caballo y dos á pie, se lo preparan convenientemente, operando en él con instrumentos especiales; los de á caballo usan unas lancetas larguísimas, y los de á pie, ordinariamente, bisturios puestos al extremo de un palo, y cuando la ocasión lo requiere, recurren á botones de fuego, que, por lo estrepitosos y humeantes, y lo que escuecen al animal, producen en la multitud considerable regocijo. Por fin llega la vez al profesor, y este, que lleva de escalpelo una gran espada, puede lucir su destreza, porque naturalmente, el toro está ya medio muerto, lo cual no es óbice para que con frecuencia sea el profesor el operado ó viviseccionado; peligro que igualmente corren sus ayudantes, y nada hay que decir de los caballos en cuyos pechos y vientre el toro opera cortando, abriendo y tajando mejor que el mejor cirujano del mundo. Así, pues, la mencionada fiesta es continua sucesión, cambio y combinación de vivisecciones, operando ayudante y profesor en el toro, y el toro en uno y otros, y en los caballos.

Como se vé, si la vivisección experimental tiene su precedente en Egipto, la deportiva lo tiene en Roma, siendo los toreros como gladiadores, entre los cuales los había, como se sabe, destinados ó dedicados á luchar con animales más ó menos feroces y terribles. Y los de ahora, como entonces, antes de comenzar su faena, se llegan, en correcta y vistosa formación, á saludar respetuosamente al que preside la fiesta, y, si no dicen, cual los antiguos: «Ave, César, morituri te salutant», es porque en la monarquía española no hay Césares.

No había que decir, porque en estos tiempos no podía ser de otra manera, que los modernos gladiadores son todos hombres libres que libremente adoptan esa profesión, y libremente la dejan cuando les parece bien, ganándose en ella honradamente la vida; y las corridas de toros, tienen sobre las carreras de caballos, riñas de gallos, partidos de pelota, y

otras diversiones muy populares en otros países, la recomendable particularidad de no ser motivo ó pretexto de apuestas y jugadas, muchas veces con trampa y siempre viciosas y ruinosas. De modo que la especie de orificación cardiaca de que parece que ha de adolecer el aficionado á espectáculo tan cruento, sería muy disculpable si no fuese por la horrenda vivisección, contemplada por placer, que, como hemos dicho, se deja que practique el toro en el animal, indiscutiblemente, de más belleza, ligereza y fortaleza, y también el más útil y más noble del planeta que habitamos; el mismo que sin duda por esto fué elegido por Swift para personificar en los «houyhnhms» una raza imaginaria muy superior á la humana (Viajes de Gulliver). Y, si siempre, y en cualquier parte, y entre cualquier pueblo sería condenable proceder con el caballo del modo que dejamos dicho, el que lo haga la monarquía española es incomprensible, inexplicable, y resueltamente imperdonable. Porque el conquistador de México fué Hernán Cortés, y Pizarro el conquistador del Perú, pero el conquistador de América fué el caballo.

¡Ay! ¡Cómo parece que se ha olvidado allí que cuando los españoles partieron de la isla de Cuba al mando de Cortés!

Del Yucatan la costa bordearon. después de haber tocado en Cozumel, y en la boca de un río fundearon donde indios acudieron en tropel, muchos y bien armados, que mostraron no querer recibir ni dar cuartel, y que aún cuando animosos combatieron, al español esfuerzo sucumbieron.

El éxito, dudoso por ser tantos los contrarios, Cortés lo decidió, que pujante á caballo arremetió, de los suyos seguido de unos cuantos, y á los indios causó tal extrañeza dos seres vivos ver en una pieza, que hicieron, en su asombro, de los dos, de caballo y jinete, un solo Dios.

Sin aquella victoria no habría habido conquista de América, ó habría costado mucho más tiempo y mucha más sangre de lo que costó, pues, entre otras cosas, los españoles ganaron entonces á Marina, valiosísimo regalo que el cacique vencido hizo á Cortés. Así dió principio la gran epopeya en la que el nobilísimo bruto desempeñó siempre papel tan principal y aún decisivo. ¡Cuánto mejor, que viviseccionándolo en el circo taurino, no harían los españoles elevando estatuas por todas partes al caballo!

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 81